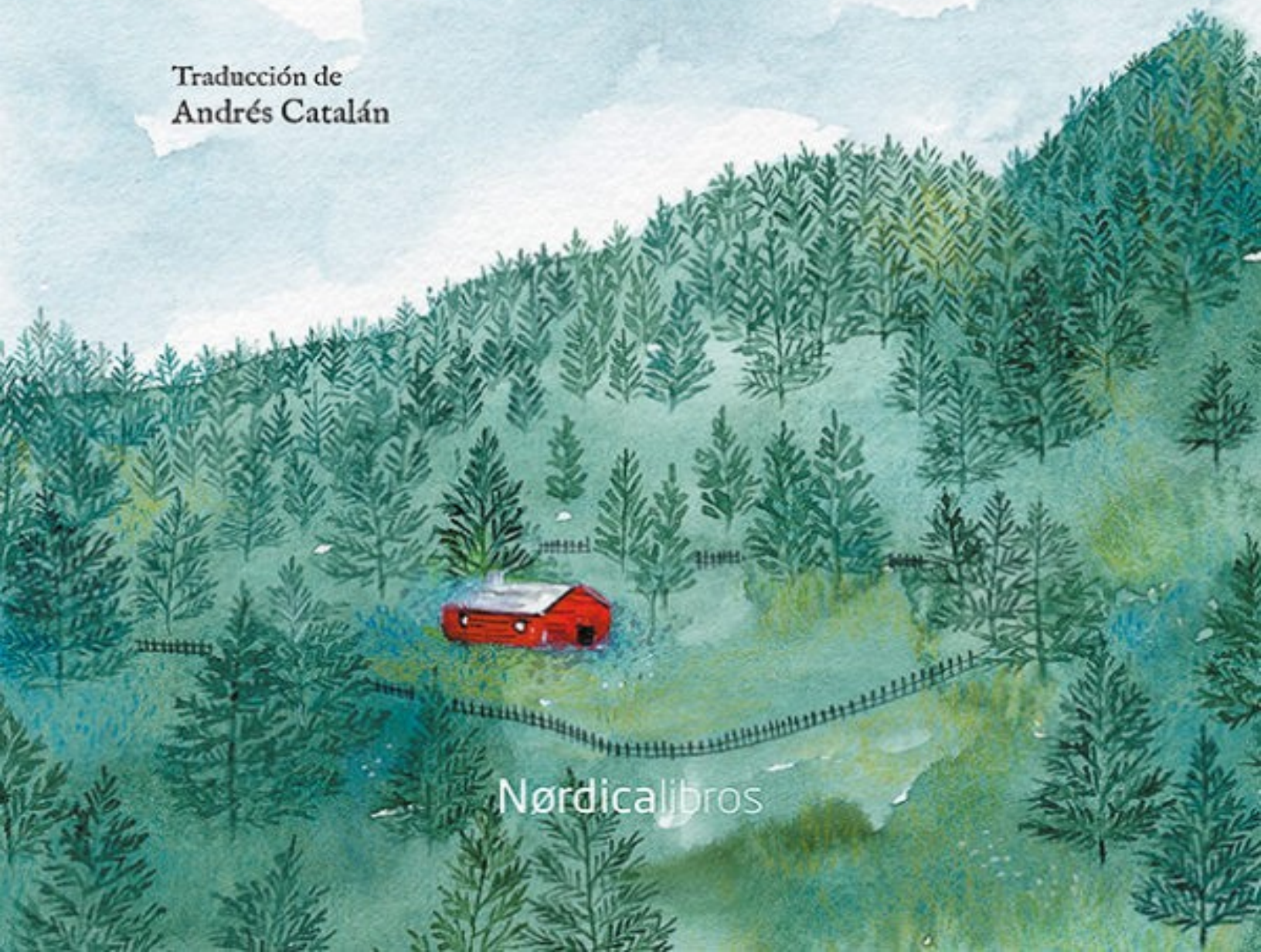
Ralph Waldo Emerson

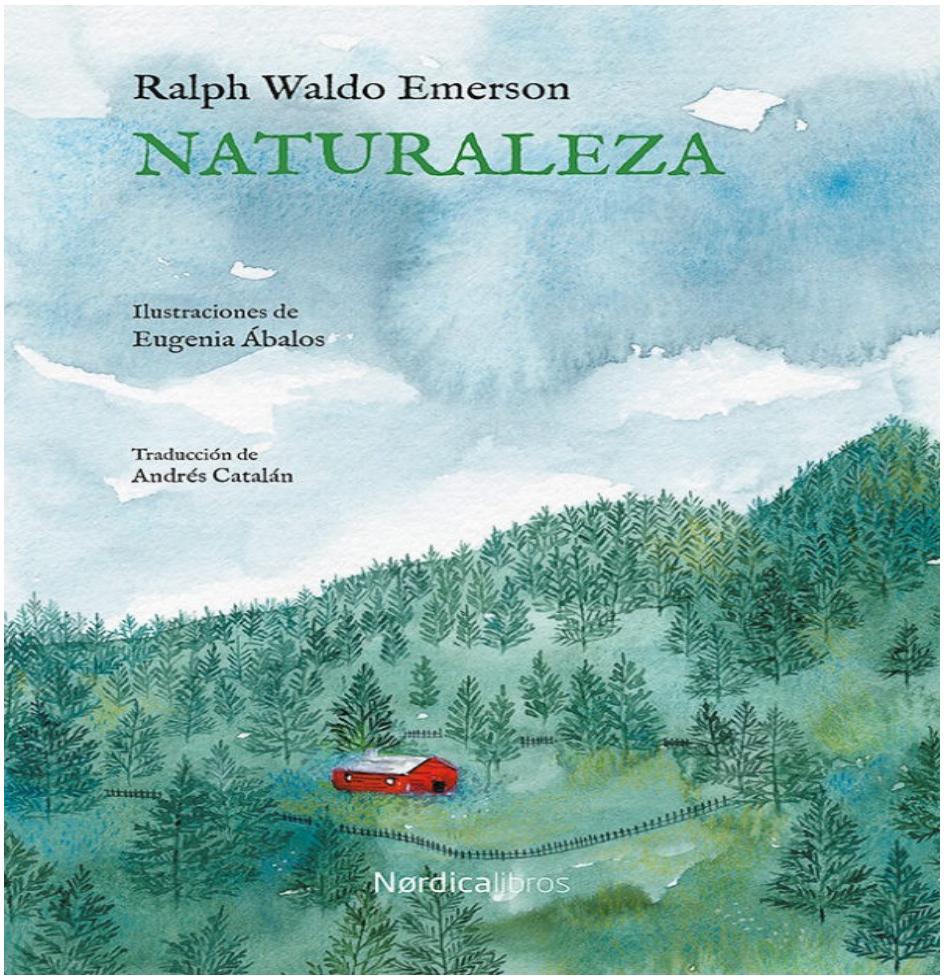
# NATURALEZA

Ilustraciones de
Eugenia Ábalos

Traducción de
Andrés Catalán



Nórdicalibros


Ralph Waldo Emerson
NATURALEZA
Ilustraciones de
Eugenia Ábalos
Traducción de
Andrés Catalán
Nórdicalibros

# NATURALEZA

**RALPH WALDO EMERSON**

# Ralph Waldo Emerson
# NATURALEZA

Ilustraciones de
Eugenia Ábalos

Edición y traducción de
Andrés Catalán

Nórdicalibros
2020

Título original: *Nature*

© De las ilustraciones: Eugenia Ábalos
© De la traducción: Andrés Catalán

Edición en ebook: febrero de 2020

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18067-35-8

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

# NATURALEZA

Una sutil cadena de incontables anillos
conecta con el siguiente al más lejano;
el ojo lee augurios por doquier,
la rosa habla cualquier lengua;
y, luchando por ser hombre, el gusano
escala por todas las espiras de la forma.

# INTRODUCCIÓN

La nuestra es una época retrospectiva. Erige los sepulcros de los padres. Escribe biografías, historias y críticas. Las generaciones precedentes miraban a Dios y a la naturaleza cara a cara, nosotros lo hacemos con sus ojos. ¿Por qué no podemos disfrutar nosotros de una relación original con el universo? ¿Por qué no tener una poesía y una filosofía fruto del entendimiento y no de la tradición, y una religión que nos haya sido revelada en lugar de la historia de la suya? Amparados durante un tiempo por el seno de la naturaleza, cuyos aluviones de vida nos rodean y nos atraviesan, y que con las fuerzas que nos confieren nos invitan a una acción proporcional, ¿por qué hemos de andar a tientas entre los resecos huesos del pasado, o empujar a la generación actual a una mascarada de ropajes descoloridos? El sol también brilla hoy. Tenemos más lana y lino en los campos. Tenemos nuevas tierras, nuevos hombres, nuevas ideas. Exijamos nuestras propias obras, leyes y devociones.

Sin duda, ninguna pregunta que podamos plantearnos carece de respuesta. Debemos confiar en la perfección de la creación, así como creer que cualquier curiosidad que haya despertado en nuestra mente el orden de las cosas, el mismo orden de las cosas podrá satisfacerla. La condición de todo hombre es una solución en jeroglíficos a los interrogantes que plantea. La pone en práctica como vida antes de percibirla como verdad. De manera similar, la naturaleza ya ha descrito su propio propósito en sus formas y tendencias. Interroguemos la gran aparición que resplandece tan plácidamente a nuestro alrededor. Preguntémonos: ¿con qué fin existe la naturaleza?

Toda ciencia persigue un objetivo, a saber, hallar una teoría de la naturaleza. Disponemos de una teoría de las razas y de las funciones, pero

apenas nos hemos acercado remotamente a una idea de la creación. En este momento estamos tan alejados del camino de la verdad que los maestros de la religión se pelean y se odian unos a otros, y se tilda a los hombres que hacen conjeturas de insensatos y frívolos. Pero para un juicio sólido la más abstracta de las verdades es la más práctica. Cuando aparezca una teoría verdadera se demostrará por sí misma. La prueba es que explicará todos los fenómenos. Ahora buena parte no solo está por explicar, sino que se considera inexplicable; así ocurre con el lenguaje, el descanso, la locura, los sueños, las bestias, el sexo.

Desde un punto de vista filosófico, el universo se compone de naturaleza y alma. En sentido estricto, por lo tanto, todo lo que es distinto a nosotros, todo lo que la filosofía identifica como algo que NO SOY YO, es decir, tanto la naturaleza como el arte, el resto de hombres y mi propio cuerpo, ha de ser clasificado bajo este nombre: NATURALEZA. A la hora de enumerar los valores de la naturaleza y realizar su suma, usaré la palabra en ambos sentidos, en el habitual y en el filosófico. En una indagación tan general como la que nos atañe, la imprecisión carece de importancia: no resultará en ninguna confusión de pensamiento. *Naturaleza*, en su sentido habitual, se refiere a las esencias no modificadas por el hombre: el espacio, el aire, el río, la hoja del árbol. *Arte* se aplica a una combinación de su voluntad y de esas mismas cosas, como una casa, un canal, una estatua, una pintura. Pero sus operaciones consideradas en conjunto son tan insignificantes —un poco de desmenuzar, hornear, remendar y lavar— que en una impresión tan grandiosa como la que el mundo produce en la mente humana estas no modifican el resultado.

# CAPÍTULO 1

## NATURALEZA

Para buscar la soledad un hombre necesita alejarse tanto de su propia alcoba como de la sociedad. Al leer o escribir no estoy solo, aunque nadie esté conmigo. Pero si el hombre desea sentirse realmente solo no tiene más que contemplar las estrellas. Los rayos que proceden de esos mundos celestiales le distinguirán de las cosas que toca. Podría pensarse que la atmósfera fue creada transparente con este propósito: brindar al hombre, en los cuerpos celestiales, la perpetua presencia de lo sublime. Desde las calles de las ciudades, ¡qué visión tan magnífica nos ofrecen! Si las estrellas aparecieran una noche cada mil años, ¡cómo creerían y adorarían los hombres! Sin duda atesorarían durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que les fue mostrada. Pero todas las noches surgen estas emisarias de la belleza e iluminan el universo con su sonrisa admonitoria.

Las estrellas inspiran cierta reverencia, puesto que, aunque siempre presentes, son inalcanzables; pero todos los objetos naturales producen una impresión similar cuando la mente se abre a su influjo. La naturaleza no adopta nunca una apariencia humilde. Ni el más sabio de los hombres puede arrancarle su secreto ni saciar su curiosidad tratando de descubrir toda su perfección. La naturaleza nunca ha sido un juguete para un espíritu sabio. Las flores, los animales y las montañas reflejan la sabiduría de sus mejores años en la misma medida que hicieron las delicias de su ingenua infancia.

Cuando hablamos de la naturaleza en estos términos tenemos en mente un sentido peculiar, si bien extremadamente poético. Nos referimos a la totalidad de la impresión producida por múltiples objetos naturales. Es esto lo que distingue la madera del leñador del árbol del poeta. El cautivador

paisaje que observé esta mañana está sin duda formado por unas veinte o treinta fincas. Miller es dueño de este campo; Locke, de aquel; y Manning, del bosque de más allá. Pero ninguno de ellos es dueño del paisaje. Hay un terreno en el horizonte que no posee ningún hombre salvo aquel cuya mirada es capaz de integrar todas las partes, es decir, el poeta. Se trata de la mejor parte de las fincas de estos hombres, pese a que su titularidad no figure en ninguna escritura de propiedad.

A decir verdad, pocos adultos son capaces de ver la naturaleza. La mayoría de las personas no ven el sol. A lo sumo tienen una visión muy superficial. El sol ilumina solamente el ojo del hombre, pero resplandece en el ojo y el corazón del niño. El amante de la naturaleza es aquel cuyos sentidos internos y externos siguen plenamente ajustados entre sí, alguien que ha conservado el espíritu infantil incluso una vez alcanzada la madurez. Su trato con el cielo y la tierra forma parte de su ración diaria de alimentos. En presencia de la naturaleza un placer salvaje recorre al hombre, aunque lo abrumen grandes pesares. La naturaleza dice: «Es mi criatura y, a pesar de todas sus impertinentes molestias, conmigo estará contento». No solamente el sol o el verano, sino todos los momentos y estaciones rinden su tributo de deleite, pues cada momento y cada cambio permiten un estado diferente de ánimo y se corresponden con él, desde el intenso mediodía hasta la noche más lúgubre. La naturaleza es un escenario en el que encajan por igual una pieza cómica y una fúnebre. Con buena salud, el aire es un cordial de increíble virtud. Al cruzar un ejido despoblado, lleno de nieve fangosa, al anochecer, bajo un cielo nublado, sin que entre mis pensamientos destacara ninguno especialmente afortunado, he sentido alguna vez un júbilo total. Mi alegría es tanta que casi me produce temor. En los bosques, además, un hombre se quita de encima los años, como la serpiente su piel, y siempre es un niño, sin importar en qué momento de la vida se encuentre. En los bosques se es siempre joven. En estas plantaciones de Dios reinan el decoro y la santidad, destellan los atavíos de una fiesta perenne y el invitado no ve cómo podría cansarse de ello ni en mil años. En los bosques recobramos la razón y la fe. En ellos me parece que nada malo puede sucederme en la vida, ninguna desgracia, ninguna calamidad (mientras conserve los ojos) que la naturaleza no pueda reparar. Sobre la tierra desnuda —bañada la cabeza por el aire dichoso y alzada hacia el espacio infinito— se desvanece

todo rastro de egoísmo mezquino. Me convierto en un globo ocular transparente; no soy nada, lo veo todo, las corrientes del ser universal circulan a través de mí, soy una parte o una partícula de Dios. El nombre del amigo más cercano me suena entonces extraño y fortuito: ser hermanos, ser conocidos, señor o criado, es tan solo una nimiedad y una molestia. Soy el amante de una belleza incontenible e inmortal. En las tierras salvajes descubro algo más estimado y afín que en las calles o los pueblos. En el paisaje apacible, y especialmente en la distante línea del horizonte, el hombre contempla algo tan hermoso como su propia naturaleza.

El deleite más grande que ministran los campos y los bosques es la insinuación de una relación oculta entre el hombre y la vegetación. No estoy solo ni soy ignorado. Me saludan, y yo a ellos. La agitación de las ramas en medio de la tormenta me resulta nueva y antigua al mismo tiempo. Me toma por sorpresa y, sin embargo, no me es desconocida. Su efecto es similar al de un pensamiento elevado o al de la emoción extraordinaria que me embarga cuando considero que pienso con justicia o actúo correctamente.

Sin embargo, es cierto que la capacidad de producir este deleite no reside en la naturaleza, sino en el hombre, o en la armonía que se establece entre ambos. Es necesario hacer uso de estos placeres con gran moderación, pues la naturaleza no siempre se muestra adornada de festivos atuendos, sino que la misma escena que ayer destilaba perfumes y relucía como para retozo de las ninfas puede presentarse hoy impregnada de melancolía. La naturaleza siempre viste los colores del espíritu. Para un hombre ahogado

por las calamidades el calor de su propio fuego desprende tristeza. Existe, además, una suerte de desdén por parte del paisaje que siente aquel a quien la muerte arrebata un amigo. El cielo es menos espléndido cuando la noche cae sobre una población de menor valía.

# CAPÍTULO 2

## BIENES

Todo aquel que se proponga tomar en consideración la causa final del mundo discernirá una multitud de usos que forman parte de ese resultado. Todos ellos son susceptibles de incluirse en una de estas clases: bienes, belleza, lenguaje y disciplina.

Bajo el nombre general de bienes clasifico todas esas ventajas que nuestros sentidos le deben a la naturaleza. Este es, por supuesto, un beneficio temporal y mediato, no definitivo como el servicio que presta al alma. Sin embargo, aunque inferior, es perfecto en su género, y es el único uso de la naturaleza que perciben todos los hombres. La desdicha del hombre nos parece una rabieta infantil cuando examinamos el constante y pródigo abastecimiento que lo sustenta y deleita en esta esfera verde que lo lleva flotando a través de los cielos. ¿Qué ángeles concibieron estos espléndidos adornos, estas lujosas comodidades, este océano de aire en las alturas, este océano de agua en las profundidades, este firmamento de tierra entre ambos? ¿Este zodiaco de luces, este toldo de nubes de lluvia, esta capa estriada de climas, este año cuádruple? Las bestias, el fuego, el agua, las piedras y los cereales están a su servicio. El campo es a la vez su suelo, su taller, su patio de juegos, su jardín y su lecho.

«Más sirvientes atienden al hombre
de los que el hombre se percata».

Al proveer al hombre la naturaleza no supone solo el elemento material, sino también el proceso y el resultado. Todas las partes trabajan para su beneficio incesantemente unas junto a otras. El viento siembra la simiente, el sol evapora el mar, el viento arrastra el vapor hacia el campo, los hielos,

al otro lado del planeta, condensan la lluvia, la lluvia nutre la planta, la planta nutre al animal, y así las infinitas circulaciones de la caridad divina alimentan al hombre.

Las artes útiles son reproducciones o nuevas combinaciones ingeniadas por el hombre a partir de los mismos benefactores naturales. Ha dejado de precisar de vientos favorables, puesto que gracias al vapor hace realidad la fábula de la bolsa de Eolo y transporta los treinta y dos vientos en la caldera de su barco. Para reducir la fricción, pavimenta los caminos con barras de hierro y montado en un vagón cargado de hombres, animales y mercancías recorre el país, de ciudad en ciudad, como un águila o una golondrina por el aire. Con el conjunto de estas ayudas, ¡cómo ha cambiado la faz del mundo, desde la era de Noé a la de Napoleón! El individuo humilde dispone de ciudades, navíos, canales y puentes que han sido construidos para él. Acude a la oficina de correos y la humanidad reparte sus mensajes; a la librería, y la humanidad lee y escribe para él cuanto ocurre; a los tribunales, y las naciones reparan sus agravios. Levanta su casa junto al camino, y la humanidad acude cada mañana y limpia a paladas la nieve y abre para él un sendero.

Pero no hay necesidad de especificar los detalles de esta clase de usos. El catálogo es infinito y los ejemplos son tan evidentes que los dejaré a la reflexión del lector, con la observación general de que este beneficio interesado concierne a un bien ulterior. Se ofrece alimento a un hombre no para que pueda comer, sino para que pueda trabajar.

# CAPÍTULO 3

## BELLEZA

La naturaleza satisface una necesidad más noble del hombre, a saber, el amor a la belleza.

Los antiguos griegos llamaban al mundo κόσμος, «belleza». La constitución de todas las cosas es tal, o es tal la capacidad plástica del ojo humano, que las formas primarias, como el cielo, la montaña, el árbol, el animal, nos proporcionan deleite *en y por sí mismas*; un placer que nace de sus líneas, color, movimiento y disposición. Esto parece deberse en parte al propio ojo. El ojo es el mejor de los artistas. La acción mutua de su estructura y de las leyes de la luz produce la perspectiva, que integra la masa total de los objetos, del carácter que sean, en un globo bien coloreado y formado, de modo que donde los objetos particulares son insignificantes y anodinos, el paisaje que componen es redondo y simétrico. Y del mismo modo que el ojo es el mejor compositor, la luz es el primero de los pintores. No hay objeto tan repugnante que una intensa luz no torne hermoso. Y los estímulos que ofrece al sentido, y cierta infinitud que hay en ella, como en el espacio y el tiempo, hacen que toda materia sea alegre. Incluso un cadáver posee su propia belleza. Pero aparte de esta gracia general dispersa en la naturaleza, casi todas las formas individuales son agradables a la vista, como prueba nuestra incesante imitación de algunas de ellas, como la bellota, la uva, la piña, la espiga de trigo, el huevo, las alas y las formas de la mayoría de las aves, la garra del león, la serpiente, la mariposa, las conchas marinas, las llamas, las nubes, los brotes, las hojas y las formas de muchos árboles, como la palmera.

Para estudiarla mejor, podemos distribuir en tres partes los aspectos de la belleza.

En primer lugar, la simple apreciación de las formas naturales es un placer. El hombre necesita hasta tal punto el influjo de las formas y acciones de la naturaleza que, en sus funciones más bajas, parece estar dentro de los límites de los bienes y la belleza. Para el cuerpo y la mente constreñidos por un trabajo o una compañía nocivos la naturaleza es un tónico medicinal que los vivifica. El comerciante, el abogado, se aparta del barullo y la picaresca de las calles, ve el cielo y los bosques y vuelve a ser un hombre. En su calma eterna se encuentra a sí mismo. La salud del ojo parece exigir un horizonte. Mientras podamos ver lo suficientemente lejos nunca nos hará mella el cansancio.

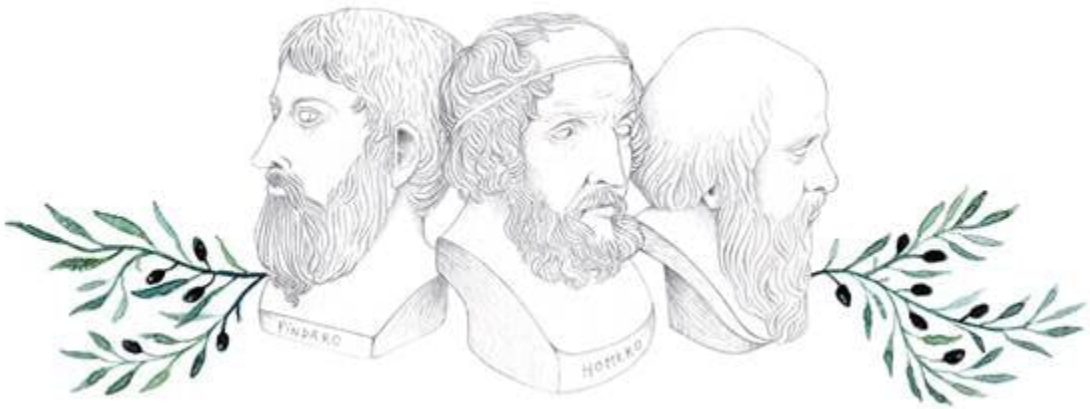
Pero en otros momentos la naturaleza produce satisfacción solo con su hermosura, sin atisbo alguno de beneficio corporal. Contemplo el espectáculo de la mañana desde la cima de la colina frente a mi casa, desde el despuntar del día hasta la salida del sol, con una serie de emociones que podría compartir un ángel. Las largas y esbeltas franjas de nubes flotan como peces en su océano de luz carmesí. Desde la tierra, como desde una orilla, miro hacia ese mar silencioso. Siento que soy partícipe de sus rápidas transformaciones: el activo encantamiento alcanza el polvo que soy, y me dilato y me fundo con el viento de la mañana. ¡Cómo nos deifica la naturaleza con unos pocos y vulgares elementos! Dadme buena salud y un solo día, y dejaré en ridículo toda la pompa de los emperadores. El alba es mi Asiria; el crepúsculo y la salida de la luna, mi Pafos y mis inimaginables

reinos de las hadas; el ancho mediodía será mi Inglaterra de la razón y del entendimiento; la noche será mi Alemania de la filosofía y los sueños místicos. No menos excelso fue, dejando aparte que durante las tardes nuestra sensibilidad es menor, el encanto, ayer, del crepúsculo de enero. Las nubes de poniente se dividían y subdividían en jirones rosados matizados de tonos de una suavidad indescriptible, y el aire tenía tanta vida y dulzura que era una lástima tener que regresar bajo techo. ¿Qué es lo que quería decir la naturaleza? ¿No había algún sentido en el vivo reposo del valle tras el molino, uno que Homero o Shakespeare no pudieran reformular para mí en palabras? Los árboles sin hojas se convierten en chapiteles de llamas al ponerse el sol, con el oriente azulado de fondo, y las estrellas de los cálices muertos de las flores y cada tallo marchito y cada rastrojo cubierto de escarcha contribuyen en algo a la callada música.

Los habitantes de las ciudades piensan que el paisaje campestre es agradable solamente la mitad del año. Yo me complazco con las gracias del panorama invernal y creo que nos conmueve en la misma medida que las afables influencias del verano. Para el ojo atento, cada momento del año posee su propia belleza y en un mismo campo vislumbra, a cada hora, una imagen nunca vista anteriormente y que no volverá a verse jamás. Los cielos cambian a cada instante y reflejan su esplendor o su melancolía sobre las llanuras. El estado de las cosechas en las granjas colindantes altera el semblante de la tierra de semana en semana. La sucesión de plantas nativas en los prados y en la vera de los caminos, silencioso reloj mediante el cual el tiempo marca las horas veraniegas, hará que el agudo observador se

percate incluso de las divisiones del día. Las tribus de aves e insectos, puntuales como las plantas a su hora, siguen unas a otras, y el año da cabida a todas. Junto a las corrientes de agua la variedad es mayor. En julio, las azules pondeterías florecen en grandes lechos en las partes más someras de nuestro ameno río y a su alrededor revolotean mariposas amarillas en continuo movimiento. El arte no puede rivalizar con esta pompa de púrpura y oro. El río es en efecto una fiesta perpetua, y cada mes hace alarde de un nuevo aderezo.

Pero esta belleza de la naturaleza que observamos y percibimos como belleza es una mínima parte. Los espectáculos del día, la mañana cubierta de rocío, el arcoíris, las montañas, los huertos en flor, las estrellas, la luz de la luna, las sombras en el agua en calma y otras cosas por el estilo, si los perseguimos con demasiada impaciencia se convierten en meros espectáculos y se mofan de nosotros con su irrealidad. Salgamos de casa para contemplar la luna y no será más que oropel; no nos complacerá como cuando su luz alumbra un viaje que hacemos por necesidad. La belleza que resplandece en las tardes amarillas de octubre, ¿quién podría aferrarla? Propongámonos ir en su busca y desaparecerá: es solo un espejismo al mirar desde las ventanillas de la diligencia.




La presencia de algo más elevado, esto es, del elemento espiritual, resulta fundamental para su perfección. La belleza elevada y divina que puede ser amada sin amaneramiento es aquella que hallamos asociada a la voluntad humana. La belleza es la marca con la que Dios señala la virtud. Toda acción natural está llena de gracia. Todo acto heroico es además

decente, y hace brillar tanto al lugar como a los espectadores. Las grandes acciones nos enseñan que el universo es propiedad de todos los individuos que lo habitan. Toda criatura racional tiene la totalidad de la naturaleza por dote y patrimonio. Es suya, si esa es su voluntad. Puede deshacerse de ella, puede arrastrarse a un rincón y abdicar de su reino, como hacen la mayoría de los hombres, pero su constitución le otorga derecho al mundo. Se apropia del mundo en función de la fuerza de su pensamiento y voluntad. «Cuanto los hombres logran arando la tierra, edificando y navegando obedece a la virtud», declara Salustio. «Los vientos y las olas —afirma Gibbon— están siempre del lado de los navegantes más capaces». Del mismo modo sucede con el sol y la luna y todas las estrellas del cielo. Cuando se lleva a cabo un acto noble —tal vez en un escenario de gran belleza natural—, cuando Leónidas y sus trescientos mártires emplean un día en morir, y el sol y la luna acuden a contemplarlos en el abrupto desfiladero de las Termópilas, cuando Arnold Winkelried, en los altos Alpes, bajo la sombra de la avalancha, se abraza a un haz de lanzas austriacas para romper las líneas enemigas y permitir el paso a sus camaradas, ¿no tienen derecho estos héroes a añadir la belleza del escenario a la belleza de la hazaña? Cuando la carabela de Colón se aproxima a la costa de América —enfrente, la playa atestada de salvajes, huyendo de sus chozas de cañas; detrás, el mar; y alrededor, las montañas moradas del archipiélago indio—, ¿es posible distinguir al hombre de la imagen viviente? ¿No disfraza sus formas el Nuevo Mundo con su cortinaje de palmerales y sabanas? La belleza natural siempre se desliza en la escena como el aire y envuelve las grandes acciones. Cuando subieron a rastras en un trineo a Harry Vane por la colina de la Torre para ser ejecutado como campeón de las leyes inglesas, alguien entre la multitud le gritó: «¡Jamás os habíais sentado sobre un trono tan glorioso!». Carlos II, para amedrentar a los ciudadanos de Londres, hizo que el patriota Lord Russell fuera conducido al cadalso en un carruaje abierto a lo largo de las principales calles de la ciudad. «Pero —dice su biógrafo— la multitud imaginó que veían a la libertad y la virtud sentadas a su lado». En los lugares privados, entre sórdidos objetos, un acto auténtico o heroico parece de inmediato invocar al cielo como templo y al sol como cirio. Basta que los pensamientos del hombre sean de una grandeza equivalente para que la naturaleza extienda sus brazos para abrazarlo. De buen grado sigue sus pasos con la rosa y la violeta y doblega sus líneas de

esplendor y gracia para condecorar a su querido hijo. Basta que los pensamientos tengan la misma envergadura para que el marco se adapte a la tela. Un hombre virtuoso actúa en consonancia con las obras de la naturaleza y constituye la figura central de la esfera visible. Asociamos merecidamente en nuestra memoria a Homero, Píndaro, Sócrates o Foción con la geografía y el clima de Grecia. Los cielos y la tierra visible se compadecen de Jesús. Y en la vida cotidiana quienquiera que haya visto a un individuo de poderoso carácter y feliz genio habrá observado con qué facilidad pone de su lado todas las cosas: las personas, las opiniones, el día y la naturaleza pasan a estar subordinadas a un hombre.

Queda aún otro aspecto bajo el cual considerar la belleza del mundo, esto es, cuando deviene en objeto del intelecto. Aparte de su relación con la virtud las cosas guardan también relación con el entendimiento. La inteligencia trata de descubrir el orden absoluto de las cosas tal y como estas residen en la mente de Dios, desprovistas de los colores del afecto. Las potencias intelectuales y las potencias activas parecen sucederse unas a otras y la acción exclusiva de una genera la acción exclusiva de la otra. Hay cierta hostilidad entre ellas, pero como sucede con los periodos alternos de la alimentación y la labor de los animales, cada una es preparación de la otra, a la que precede. Por lo tanto, la belleza que, en relación con las acciones, como hemos visto, se presenta sin haberla buscado, y se presenta precisamente porque no se la busca, es materia para la percepción y búsqueda del intelecto, y luego de nuevo, a su vez, para la potencia activa. Nada divino muere. Todo lo bueno se reproduce eternamente. La belleza de

la naturaleza se reforma en el intelecto no para ser contemplada estérilmente, sino para dar lugar a una nueva creación.

A todos los hombres les impresiona la faz de la tierra en mayor o menor grado; a algunos incluso hasta el deleite. Este amor por la belleza es el gusto. Otros sienten ese mismo amor en tal exceso que, no contentos con admirarla, buscan plasmarla en nuevas formas. La creación de la belleza es el arte.

La creación de obras de arte arroja cierta luz sobre el misterio de la humanidad. Una obra de arte es un compendio o un epítome del mundo. Es, en miniatura, resultado o expresión de la naturaleza. Porque, aunque las obras de la naturaleza son innumerables y todas diferentes, el resultado o la expresión de todas ellas es similar y singular. La naturaleza es un océano de formas radicalmente semejantes e incluso únicas. Una hoja, un rayo de sol, un paisaje o el mar producen en la mente una impresión análoga. Lo que todas tienen en común —esa perfección y armonía— es la belleza. Los parámetros de la belleza vienen dados por todo el recorrido de las formas naturales, por la totalidad de la naturaleza: lo que los italianos quisieron expresar al definir la belleza como «*il piu nell'uno*». Nada es del todo bello por sí solo: solo es bello en la totalidad. Un objeto es solamente bello en tanto que sugiere esta gracia universal. El poeta, el pintor, el escultor, el músico o el arquitecto buscan concentrar este resplandor del mundo en un solo punto, y cada cual satisface en sus distintas obras el amor por la belleza que estimula su creación. Así pues, el arte es una naturaleza pasada por el alambique del hombre. Así, en el arte, la naturaleza opera a través de la voluntad de un hombre conmovido por la belleza de sus obras primeras.

El mundo existe entonces para que el alma pueda satisfacer el deseo de belleza. A este elemento lo denomino un fin supremo. No se puede pedir o dar ninguna razón de por qué el alma busca la belleza. La belleza, en su sentido más amplio y profundo, es una expresión del universo. Dios es la hermosura absoluta. La verdad, la bondad y la belleza no son sino diferentes caras de un mismo Todo. Pero la belleza de la naturaleza no es suprema. Es el heraldo de una belleza íntima y eterna, y no constituye en sí misma un bien sólido y satisfactorio. Debemos considerarla solamente una parte, y no la última o más alta expresión de la causa final de la naturaleza.

# CAPÍTULO 4

## LENGUAJE

El lenguaje es un tercer uso que la naturaleza pone al servicio del hombre. La naturaleza es el vehículo del pensamiento, y ello en un grado simple, doble y triple.

1. Las palabras son signos de hechos naturales.
2. Un determinado hecho natural es símbolo de determinados hechos espirituales.
3. La naturaleza es el símbolo del espíritu.

Las palabras son signos de hechos naturales. La historia natural sirve para ayudarnos a entender la historia sobrenatural: la creación externa, para brindarnos un lenguaje para los seres y las transformaciones de la creación interna. Si rastreamos la raíz de las palabras que utilizamos para expresar un hecho moral o intelectual descubriremos que ha sido tomada de algún aspecto material. *Preciso* significa «recortado», *erróneo* proviene de *errante. Espíritu* significaba en un principio «aire»; *transgresión*, «traspasar una línea»; *altanero* se decía de «una rapaz que vuela alto». Usamos *corazón* para expresar emoción, *cabezapara* indicar pensamiento, y *pensamiento* y *emoción* son palabras tomadas de cosas sensibles y ahora adecuadas para la naturaleza espiritual. La mayor parte del proceso mediante el cual se produce esta transformación ha quedado oculta en los tiempos remotos en los que se formó el lenguaje, pero la misma tendencia puede observarse a diario en los niños. Los niños y los salvajes usan solamente sustantivos o nombres de cosas que convierten en verbos y aplican a actos mentales análogos.

Pero este origen común a todas las palabras que transmiten un significado espiritual —un hecho tan notorio en la historia del lenguaje— es la menor de nuestras deudas con la naturaleza. No son solo las palabras las que son simbólicas, son las cosas las que son simbólicas. Cada hecho natural es un símbolo de algún hecho espiritual. Cada manifestación de la naturaleza se corresponde con algún estado de ánimo y un estado de ánimo solo puede describirse presentando como imagen suya esa manifestación

natural. Un hombre enfurecido es un león; un hombre astuto, un zorro; un hombre firme, una roca; un hombre sabio, una antorcha. Un cordero es la inocencia, una serpiente es la sibilina maldad, las flores nos sugieren los delicados afectos. La luz y la oscuridad son la expresión habitual de la sabiduría y la ignorancia, y el calor es la del amor. Las distancias que vemos detrás y delante de nosotros son respectivamente nuestra imagen de la memoria y de la esperanza.

¿Quién al contemplar un río durante un momento de reflexión no piensa en el cambio constante de todas las cosas? Arrojemos una piedra a la corriente y los círculos que se propaguen uno tras otro serán el hermoso y típico ejemplo de toda influencia. El hombre es consciente de un alma universal escondida o confinada en su vida individual, en la que, como en un firmamento, surge y brilla la naturaleza de la justicia, la verdad, el amor, la libertad. A esta alma universal la llama razón: no es mía, ni tuya, ni de nadie, sino que somos nosotros de ella; somos de su propiedad y sirvientes suyos. Y el cielo azul que cubre la tierra de cada individuo, el cielo con su calma eterna y sus orbes imperecederos, es el ejemplo típico de la razón. Aquello que, desde un punto de vista intelectual, llamamos razón, considerado en relación con la naturaleza lo llamamos espíritu. El espíritu es el Creador. El espíritu tiene vida propia. Y el hombre, en todas las épocas y países, lo ha plasmado en el lenguaje como PADRE.

No es difícil reparar en que no existe nada azaroso o caprichoso en estas analogías, sino que son, por el contrario, una constante que impregna la naturaleza. No se trata de los sueños de unos pocos poetas aquí y allá, sino

que es propio del hombre establecer analogías que lo llevan a estudiar relaciones en todos los objetos. Se sitúa en el centro de todos los seres y un rayo relacional lo une con cada uno de ellos. Y ni es posible entender al hombre sin estos objetos, ni estos objetos sin el hombre. Considerado aisladamente todo hecho de la historia natural carece de valor, es estéril, como un solo sexo. Pero combinémoslo con la historia humana y estará lleno de vida. Determinados tratados enteros sobre flora y todos los volúmenes de Linneo y Buffon no son más que áridos catálogos de hechos; pero el más trivial de estos hechos, el hábito de una planta, los órganos, la labor o el ruido de un insecto, utilizado para ilustrar un hecho de la filosofía intelectual o asociado de algún modo a la naturaleza humana nos conmueve de la manera más viva y satisfactoria. La semilla de una planta… en cuántas conmovedoras analogías de la naturaleza humana no se habrá usado ese pequeño fruto, en cualquier clase de discursos, hasta en la voz de Pablo, que llama semilla al cadáver del hombre: «Se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual». Los movimientos de la tierra sobre su eje y alrededor del Sol determinan la duración del día y del año. Son una determinada cantidad puramente física de luz y calor. ¿Pero acaso no existe una analogía entre la vida del hombre y las estaciones? ¿Y esa analogía no otorga a las estaciones cierta majestuosidad o patetismo? Los instintos de la hormiga tienen muy poca importancia, si se consideran como algo propio de la hormiga; pero en el momento en que vemos extenderse un rayo relacional entre ella y el hombre, y vemos a la pequeña esclava como una vigilante, un pequeño cuerpo con un corazón poderoso, entonces todos sus comportamientos —incluso ese que, según se dice, se ha observado recientemente, que nunca duerme— resultan sublimes.

A causa de esta radical correspondencia entre las cosas visibles y los pensamientos humanos, los salvajes, que poseen solamente lo necesario, se comunican mediante figuras. A medida que nos remontamos en la historia el lenguaje se torna más vívido, hasta llegar a su infancia, en la que todo es poesía y todos los hechos espirituales se representan mediante símbolos naturales. Se ha descubierto que los mismos símbolos constituyen los elementos originales de todos los idiomas. Se ha observado además que los modismos de todos los idiomas tienden a coincidir en los pasajes de mayor fuerza y elocuencia. Y como sucede con el primer idioma, sucede con el

último. Esta inmediata dependencia del lenguaje de la naturaleza, esta conversión de un fenómeno exterior en algo típico de la vida humana nunca pierde su capacidad de conmovernos. Es esto lo que otorga interés a la conversación de un campesino o de un pueblerino de fuerte carácter, con la que disfrutan todos los hombres.

La capacidad de un hombre de conectar una idea al símbolo apropiado, para así poder articularla, depende de la sencillez de su carácter, esto es, de su amor a la verdad y su deseo de comunicarla cabalmente. A la corrupción de un hombre le sigue la corrupción del lenguaje. Cuando la sencillez de carácter y la soberanía de las ideas se echan a perder por culpa del predominio de deseos secundarios —el deseo de riqueza, de poder o de elogios— y la hipocresía y la falsedad ocupan el lugar de la sencillez y la verdad, perdemos en cierta medida el poder que ejercemos sobre la naturaleza como intérprete de la voluntad. Se dejan de crear nuevas imágenes y las viejas palabras se distorsionan para que signifiquen cosas que no son, se emplea papel moneda aunque en la cámara no haya ningún lingote que lo respalde. Con el tiempo, el fraude se hace patente y las palabras pierden toda su capacidad de estimular el entendimiento o los afectos. Es posible hallar cientos de escritores, en todas las naciones civilizadas desde antiguo, que durante un corto espacio de tiempo creen y hacen creer a los demás que pueden ver y pronunciar verdades, cuando en realidad no visten una sola idea con su ropaje natural, sino que se alimentan inconscientemente del lenguaje creado por los escritores primordiales del país, es decir, aquellos que se apoyan primordialmente en la naturaleza.

Pero los sabios traspasan esta dicción podrida y vuelven a atar las palabras a las cosas visibles, de modo que ese vívido lenguaje es, al mismo tiempo, un imponente certificado de que quien lo emplea es un hombre aliado con la verdad y con Dios. Nuestro discurso se reviste de imágenes en cuanto se eleva, inflamado por la pasión o exaltado por el pensamiento, sobre el terreno de los hechos familiares. El hombre que habla en serio descubrirá, al observar sus procesos intelectuales, que una imagen material, más o menos luminosa, surge en su mente simultáneamente con cada idea, a la que proporciona así su vestidura. De ahí que la buena literatura y los discursos brillantes sean alegorías continuas. Esta imaginería es espontánea. Es la combinación de la experiencia con la actividad presente de la mente.

Es una verdadera creación. Es trabajar la causa original con los instrumentos que ha fabricado previamente.

Estos hechos quizá insinúen las ventajas que la vida del campo brinda a una mente poderosa frente a la vida artificial y restringida de las ciudades. La naturaleza nos enseña más cosas que las que podemos comunicar a voluntad. Su luz fluye continuamente hacia la mente y olvidamos su presencia. El poeta o el orador criado en el bosque, cuyas hermosas y tranquilizadoras transformaciones han nutrido sus sentidos, año tras año, indiscriminada y despreocupadamente, no olvidará del todo su lección en el estruendo de las ciudades o la crispación de la política. Mucho tiempo después, en medio de la agitación y el terror de los concilios nacionales —en el momento de la revolución—, estas solemnes imágenes reaparecerán oportunamente con todo su lustre como símbolos y palabras de los pensamientos que despertarán los acontecimientos del momento. A la llamada de un sentimiento noble los bosques se agitan de nuevo, los pinos murmuran, los ríos corren y centellean y el ganado muge en las montañas, tal y como los vio y escuchó en su infancia. Y con estas formas tiene a su disposición los encantos de la persuasión y la llave del poder.

De este modo los objetos naturales nos asisten a la hora de expresar significados particulares. ¡Pero qué lenguaje tan magnífico para transmitir tan modesta información! ¿Eran necesarias tantas nobles razas de criaturas, esta abundancia de formas, este sinfín de orbes en los cielos, para proporcionar al hombre el diccionario y la gramática de su habla local? Mientras utilicemos este magnífico código para despachar cuestiones de

sartenes y cazos sentiremos que ni lo hemos aprovechado debidamente ni somos capaces de aprovecharlo. Somos como viajeros que usan las cenizas de un volcán para cocer unos huevos. Si bien vemos que siempre está dispuesto a revestir lo que queremos decir, no podemos evitar preguntarnos si los caracteres no serán significativos por sí mismos. ¿No tienen las montañas, las olas y los cielos ningún significado aparte del que les damos cuando los empleamos como emblemas de nuestras ideas? El mundo es emblemático. Las partes de la oración son metáforas, puesto que la totalidad de la naturaleza es una metáfora de la mente humana. Las leyes de naturaleza moral responden a las de la materia como si estuvieran una frente a otra en un espejo. «El mundo visible y la relación entre sus partes son el cuadrante donde leemos lo invisible». Los axiomas de la física traducen las leyes de la ética. Así, «el todo es mayor que la parte», «la reacción es igual a la acción», «el menor peso puede levantar al mayor si el tiempo compensa la diferencia» y muchas otras proposiciones por el estilo que tienen tanto un sentido ético como físico. Estas proposiciones están dotadas de un significado mucho más amplio y universal cuando se aplican a la vida humana que cuando se restringen a un uso técnico.

De manera similar, las palabras memorables de la historia y los proverbios de cada país consisten normalmente en un hecho natural seleccionado como imagen o parábola de una verdad moral. Así: «piedra movediza, nunca el moho la cobija», «más vale pájaro en mano que ciento volando», «quien deja el camino real por la vereda piensa atajar y rodea», «al hierro candente, batirlo de repente», «galgo que muchas liebres levanta, ninguna mata», «de buen vino, buen vinagre», «es la gota que colma el vaso», «la belleza de una flor depende de sus raíces»… y otras por el estilo. En su sentido primero no son más que hechos triviales, pero si los repetimos es por el valor de su analogía. Lo que vale para los proverbios vale para todas las fábulas, parábolas y alegorías.

Esta relación entre mente y materia no es la feliz ocurrencia de algún poeta, sino que reside en la voluntad de Dios y, por lo tanto, todos los hombres tienen la facultad de conocerla. Se les presenta o no se les presenta. Cuando en una hora feliz medita sobre este milagro, el hombre sabio duda si el resto del tiempo no estará ciego y sordo:

> «¿Es posible que existan tales cosas,

que sobre nosotros pasen como nubes de estío,
y no maravillarnos?».[1]

El universo se vuelve transparente y es atravesado por la brillante luz de una ley más alta. Es el eterno problema que ha estimulado el asombro y el estudio de todos los grandes genios desde que el mundo es mundo, desde la era de los egipcios y los brahmanes hasta la de Pitágoras, Platón, Bacon, Leibniz, Swedenborg. Ahí se sienta la esfinge a la vera del camino y, una época tras otra, cada profeta se acerca y prueba fortuna tratando de descifrar su acertijo. El espíritu parece tener cierta necesidad de manifestarse en las formas materiales, y día y noche, río y tormenta, bestia y ave, ácido y alcalino, preexisten como ideas necesarias en la mente de Dios, y son lo que son en virtud de afectos anteriores en el mundo del espíritu. Un hecho es el fin o la última consecuencia del espíritu. La creación visible es el final del recorrido o la circunferencia del mundo invisible. «Los objetos materiales —dijo un filósofo francés— son necesariamente algún tipo de escoria de las ideas sustanciales del Creador y deben siempre mantener una relación exacta con su procedencia original; en otras palabras, la naturaleza visible ha de tener un lado espiritual y moral».

Esta doctrina es abstrusa y, aunque las imágenes de «vestimenta», «escoria», «espejo», etc. pueden estimular la fantasía, debemos invocar la ayuda de expositores más sutiles y decisivos para ponerla en claro. «Cada escritura ha de ser interpretada con el mismo espíritu con el que se emitió» es la ley fundamental de la crítica. Una vida en armonía con la naturaleza, con el amor por la verdad y la virtud, purgará su mirada a la hora de comprender el texto. Gradualmente podremos llegar a conocer el sentido primitivo de los objetos duraderos de la naturaleza, a fin de que el mundo sea para nosotros un libro abierto y cada forma indicativa de su vida oculta y su causa final.

Un nuevo interés nos sorprende mientras, bajo la perspectiva ahora sugerida, contemplamos la aterradora vastedad y la multitud de objetos, puesto que «todo objeto mirado adecuadamente desbloquea una nueva facultad del alma». Al interpretarla y definirla en un objeto, lo que era una verdad inconsciente pasa a formar parte de la esfera del conocimiento: una nueva arma en el arsenal del poder.

# CAPÍTULO 5

## DISCIPLINA

En vista del significado de la naturaleza se llega inmediatamente a un nuevo hecho: la naturaleza es una disciplina. Este uso del mundo incorpora los usos precedentes como partes del mismo.

Del espacio, el tiempo, la sociedad, el trabajo, el clima, el alimento, la locomoción, los animales, las fuerzas mecánicas extraemos las enseñanzas más genuinas, día tras día, unas enseñanzas cuyo significado no está definido. Educan al mismo tiempo el entendimiento y la razón. Todas las propiedades de la materia son una escuela para el entendimiento: la solidez o la resistencia, la inercia, la extensión, la figura, la divisibilidad. El entendimiento suma, divide, combina, mide y encuentra nutrimento y espacio para desarrollar su actividad en este noble escenario. Entretanto la razón traslada todas estas lecciones a su propio mundo del pensamiento cuando percibe la analogía que une la materia y la mente.

La naturaleza es una disciplina del entendimiento en las verdades intelectuales. Nuestro trato con los objetos sensibles es un ejercicio constante del indispensable aprendizaje de la diferencia, la similitud, el orden, el ser y el parecer, la progresiva ordenación, del ascenso de lo particular a lo general, de la combinación de diversas fuerzas para lograr un único fin. La importancia del órgano en formación es proporcional al extremo cuidado con el que se imparte la lección, un cuidado no preterido en ningún caso. ¡Qué tedioso aprendizaje, día tras día, año tras año, interminablemente, es el que conduce a la formación del sentido común! ¡Qué incesante reproducción de molestias, inconvenientes, dilemas, cuántas alegrías dadas a tantos cualquieras, qué disputa de precios, qué cálculo de intereses, y todo para formar la Mano de la mente, para enseñarnos que «una buena idea no es más que un sueño hermoso a no ser que lo llevemos a la práctica»!

Idéntico buen oficio desempeñan la propiedad y sus sistemas filiales de la deuda y el crédito. La deuda, la deuda asfixiante, cuyo rostro impasible temen y odian la viuda, el huérfano y los hijos del ingenio; la deuda, que tanto tiempo consume, que paraliza y desalienta a un gran espíritu con preocupaciones de apariencia tan básica, es un preceptor cuyas lecciones no pueden ser pasadas por alto y que resultan más necesarias a quienes más la padecen. Por otra parte, la propiedad, que ha sido justamente comparada con la nieve —«si cae hoy uniformemente, mañana el viento formará montones»—, es la acción superficial de la maquinaria interna, como la manecilla en la esfera de un reloj. Aunque en el momento sea la gimnasia del entendimiento, no hace sino acumular en previsión del espíritu una experiencia en leyes más profundas.

Las desigualdades más insignificantes en el cultivo del entendimiento afectan al carácter y la fortuna de un individuo; por ejemplo, las que conciernen a la percepción de las diferencias. Por lo tanto, es el espacio y, por ende, el tiempo, los que enseñan al hombre que las cosas no están amontonadas y mezcladas, sino fragmentadas y separadas. Una campana y un arado tienen su propia utilidad, y ninguno puede realizar la función del otro. El agua sirve para beber; el carbón, para calentar; la lana, para abrigar; pero no podemos beber la lana, ni tejer el agua, ni comer el carbón. El

hombre sabio muestra su sabiduría al separar, al matizar, y su escala de criaturas y de méritos es tan amplia como la naturaleza. Los necios poseen una escala sin rangos y suponen que un hombre es como cualquier otro. Lo que no es bueno es para ellos lo peor, y lo que no es aborrecible, lo mejor.

De igual forma, ¡qué capacidad de atención nos hace desarrollar la naturaleza! No perdona ningún error. Su sí es sí, y su no es no.

Los primeros pasos en agricultura, astronomía, zoología (esos primeros pasos que dan el campesino, el cazador, y el pescador) nos enseñan que los dados de la naturaleza están siempre trucados, que en sus escombros y desechos se esconden resultados seguros y útiles.

¡Con qué calma y afabilidad comprende la mente una tras otras las leyes de la física! ¡Qué nobles emociones dilatan al mortal cuando se incorpora a los designios de la creación y siente gracias al conocimiento el privilegio de SER! Se perfecciona gracias a su intuición. La belleza de la naturaleza reluce en su propio pecho. El hombre es más grande cuando ve estas cosas y, el universo, más pequeño, puesto que las relaciones entre tiempo y espacio desaparecen desde el momento en el que conocemos las leyes.

También en este caso nos sentimos impresionados e incluso intimidados por la inmensidad del universo por explorar. «Lo que sabemos es una señal de lo que no sabemos». Abramos cualquier revista de ciencia reciente y sopesemos los problemas planteados en cuanto a la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, la fisiología, la geología, y juzguemos si es probable que se vaya a agotar pronto el interés por las ciencias naturales.

Aunque pasemos por alto muchos detalles de la disciplina de la naturaleza, no debemos olvidarnos de especificar dos.

El ejercicio de la voluntad o la lección del poder se aprenden en cada acontecimiento. Desde la adquisición progresiva de los sentidos en la infancia hasta el momento en que dice: «Hágase Tu voluntad», el hombre no hace sino descubrir el secreto de que puede someter a su voluntad no solo acontecimientos particulares, sino vastas categorías o, mejor dicho, toda la serie de acontecimientos, y amoldar de esta manera todo hecho a su carácter. La naturaleza es completamente mediata. Está hecha para servir. Acepta el dominio del hombre tan mansamente como el asno que montara nuestro Salvador. Pone al servicio del hombre todos sus reinos como una materia prima susceptible de transformarse en algo útil. El hombre nunca se

cansa de trabajarla. Con el aire sutil y delicado fragua sabias y melodiosas palabras, y las dota de alas como ángeles de persuasión y mando. Su pensamiento triunfante plantea y doblega una tras otra todas las cosas hasta que el mundo se convierte, finalmente, en nada más que su voluntad hecha realidad: el doble del hombre.

Los objetos sensibles responden a las premoniciones de la razón y reflejan la conciencia. Todas las cosas son morales; sus cambios incesantes guardan una relación constante con la naturaleza espiritual. Es, por lo tanto, la naturaleza gloriosa en su forma, color y movimiento, de modo que cada globo en el cielo más remoto, cada cambio químico desde el cristal más tosco hasta las leyes de la vida, cada cambio en la vegetación desde el primer principio de crecimiento en la yema de una hoja hasta el bosque tropical y la mina de carbón antediluviana, cada función animal desde la esponja hasta Hércules, insinúan o pregonan al hombre las leyes de lo bueno y lo malo y evocan los Diez Mandamientos. Es, por lo tanto, la naturaleza siempre aliada de la religión: presta toda su pompa y riqueza al sentimiento religioso. Profetas y sacerdotes, David, Isaías, Jesús, han bebido de esta fuente. Este carácter ético penetra hasta tal punto en el hueso y la médula de la naturaleza que pareciera haber sido creada para tal fin. Sea cual sea el propósito individual al que sirve cualquiera de sus miembros o partes, esta es su función pública y universal, y nunca se omite. Nada en la naturaleza se agota en su primer uso. Cuando una cosa ha servido a un fin sigue siendo del todo nueva para un servicio posterior. En Dios todo fin se

convierte en un nuevo medio. De este modo, el empleo de los bienes es, si se considera aisladamente, algo mezquino y miserable. Pero instruye a la mente en la doctrina del uso, a saber, que una cosa es buena solamente en tanto sirve, que la concurrencia de partes y esfuerzos resulta esencial en cualquier ser para la consecución de un fin. La primera y más burda manifestación de esta verdad es nuestra inevitable y odiada experiencia en los valores y las necesidades, en el grano y la carne.

Ya hemos demostrado que todo proceso natural es una versión de una sentencia moral. La ley moral reside en el centro de la naturaleza y se extiende hacia la circunferencia. Es el meollo de cada sustancia, cada relación y cada proceso. Todas las cosas con las que lidiamos nos predican. ¿Qué es una granja sino un mudo evangelio? La paja y el grano, las malas hierbas y las plantas, el añublo, la lluvia, los insectos, el sol… forman un emblema sagrado desde el primer surco de primavera hasta el último almiar al que la nieve del invierno sorprende en los campos. Pero el marino, el pastor, el minero y el comerciante viven, en sus distintas ocupaciones, cada uno una experiencia exactamente paralela y que conduce a la misma conclusión, puesto que todas las organizaciones son radicalmente parecidas. Tampoco cabe duda de que este sentimiento moral que de este modo perfuma el aire, crece en el grano e impregna las aguas del mundo es captado por el hombre y absorbido por su alma. La influencia moral que ejerce la naturaleza sobre cada individuo es esa cantidad de verdad que le muestra. ¿Quién puede calcularla? ¿Quién puede adivinar cuánta firmeza enseña al pescador la roca batida por el mar? ¿Cuánta tranquilidad ha

reflejado en el hombre el cielo azul, sobre cuyas profundidades inmaculadas los vientos arrastran eternamente bandadas de nubes de tormenta sin dejar arruga ni mancha alguna? ¿Cuánta diligencia y prudencia y afecto hemos aprendido de la pantomima de las bestias? ¡Qué sagaz predicador del dominio de uno mismo es el variable fenómeno de la salud!

En esto se percibe especialmente la unidad de la naturaleza —la unidad en la variedad— que encontramos en todas partes. La inagotable variedad de las cosas produce una impresión idéntica. Jenófanes se lamentaba en su vejez de que, dondequiera que mirase, todas las cosas se apresuraban a regresar a la unidad. Estaba cansado de ver la misma entidad en la tediosa variedad de las formas. La fábula de Proteo encierra una profunda verdad. Una hoja, una gota, un cristal o un intervalo de tiempo guardan relación con el todo y participan de la perfección del todo. Cada partícula es un microcosmos y reproduce fielmente la semejanza del mundo.

Las semejanzas no solo existen en las cosas cuya analogía es evidente, como cuando reconocemos la forma de la mano humana en la aleta de un saurio fosilizado, sino también en los objetos entre los que hay una enorme disimilitud superficial. Por eso De Staël y Goethe llaman a la arquitectura «música congelada». Vitrubio pensaba que un arquitecto debería ser músico. «Una iglesia gótica —decía Coleridge— es una religión petrificada». Miguel Ángel sostenía que para un arquitecto resultan esenciales los conocimientos de anatomía. En los oratorios de Haydn las notas ofrecen a la imaginación no solamente movimientos, como el de la serpiente, el venado y el elefante, sino también colores, como el verde de la hierba. La ley de los sonidos armónicos reaparece en los colores armónicos. Las leyes del granito lo diferencian del río que lo desgasta solamente en su mayor o menor calor. El río que fluye se asemeja al aire que fluye sobre él, el aire se asemeja a la luz que lo atraviesa en corrientes más sutiles, la luz se asemeja al calor que la acompaña a través del espacio. Todas las criaturas no son sino una modificación de las demás; la semejanza entre ellas es mayor que la diferencia, y su ley radical es una y la misma. La regla de un arte o la ley de una organización son válidas en toda la naturaleza. Tan íntima es esta unidad que, como puede apreciarse fácilmente, se halla bajo la capa más interior de la naturaleza y delata su origen en el espíritu universal. Pues también es una constante del pensamiento. Cada verdad

universal que expresamos en palabras implica o supone todas las demás verdades. OMNE VERUM VERO CONSONAT. Es como un gran círculo en una esfera que comprende todos los círculos posibles, los cuales, sin embargo, pueden ser trazados e incluirlo de igual modo. Cada una de esas verdades es el *ens* absoluto visto desde un lado. Pero tiene infinidad de lados.

La unidad central resulta aún más evidente en las acciones. Las palabras son órganos finitos de la mente infinita. No pueden abarcar las dimensiones de la realidad. La rompen, la recortan, la empobrecen. Una acción es la perfección y la publicación del pensamiento. Una acción correcta parece satisfacer la mirada y guardar relación con toda la naturaleza. «El hombre sabio al hacer una cosa las hace todas; o, en lo que hace correctamente, ve la semejanza de todo cuanto se hace correctamente».

Las palabras y acciones no son los atributos de la naturaleza irracional. Nos presentan la forma humana, de la cual el resto de organizaciones parece ser una degeneración. Cuando emerge entre las muchas que la rodean, el espíritu la prefiere a todas las demás. Dice: «De formas como esta he obtenido alegría y conocimiento; en formas como esta me he encontrado y contemplado a mí mismo; le hablaré, puede hablarme de nuevo, puede ofrecerme pensamientos ya formados y vivos». De hecho, el ojo —la mente — siempre está acompañado de estas formas, masculina y femenina, y estas son, sin comparación posible, las informaciones más valiosas del poder y el orden que subyacen en el corazón de las cosas. Por desgracia, todas llevan la marca de alguna herida; están desfiguradas y son superficialmente defectuosas. No obstante, a diferencia de la naturaleza sorda y muda que las rodea, todas estas descansan como los canales de una fuente en el mar insondable del pensamiento y la virtud del que solamente ellas, de entre todas las organizaciones, son la entrada.

Sería una grata indagación perseguir los detalles del servicio que prestan a nuestra educación, pero ¿dónde acabaría? Durante la adolescencia y la vida adulta nos asociamos con algunos amigos que, como los cielos y las aguas, coexisten con nuestra idea; amigos que, al responder cada uno a un cierto afecto del alma, satisfacen nuestro deseo por ese lado; amigos a los que nos resulta imposible poner a una distancia focal necesaria para poderlos enmendar o incluso analizar. No tenemos otra elección que

amarlos. Cuando el trato frecuente con un amigo nos ha provisto de una medida de la excelencia, y ha hecho crecer nuestro respeto por los recursos de Dios que de este modo envía a una persona real a sobrepasar nuestro ideal; cuando se convierte, por añadidura, en un objeto del pensamiento y, mientras que su carácter conserva todo su efecto inconsciente, se transforma en la mente en una sabiduría sólida y dulce, es para nosotros una señal de que su labor ha concluido, y normalmente desaparece de nuestra vista al poco tiempo.

# CAPÍTULO 6

## IDEALISMO

De este modo el hombre, discípulo inmortal, descubre en cada objeto sensible el significado del mundo, que es inefable pero inteligible y práctico. Todas las partes de la naturaleza conspiran hacia este fin de la disciplina.

Una duda noble se insinúa permanentemente: si no será este fin la causa final del universo, y si la naturaleza cuenta con una existencia externa. Es una interpretación suficiente de esa apariencia que llamamos el mundo y que Dios muestra a una mente humana, convirtiéndola de este modo en la destinataria de un cierto número de sensaciones congruentes, a las que llamamos sol y luna, hombre y mujer, casa y comercio. En mi absoluta impotencia a la hora de comprobar la autenticidad del dictamen de mis sentidos, de saber si las impresiones que me producen se corresponden con objetos externos, ¿qué más da que Orión esté ahí arriba en el cielo o que algún dios pintara su imagen en el firmamento del alma? Si las relaciones entre las partes y el fin del conjunto siguen siendo las mismas, ¿qué más da que la tierra y el mar interactúen, y los mundos giren y se mezclen sin número o fin —y un abismo se abra tras otro y las galaxias se equilibren entre sí, a lo largo del espacio absoluto— o que, sin relaciones de tiempo y espacio, las mismas apariencias se inscriban en la fe constante del hombre? Tanto si la naturaleza disfruta de una existencia externa o reside solamente en el apocalipsis de la mente, se me antoja igualmente provechosa y venerable. Sea como fuere, para mí es ideal mientras no pueda probar la exactitud de mis sentidos.

A los frívolos les divierte la teoría del ideal, como si sus consecuencias fueran burlescas, como si afectara a la estabilidad de la naturaleza. Es evidente que no. Dios nunca bromea con nosotros, y no comprometerá el propósito de la naturaleza permitiendo incoherencia alguna en su procesión. Cualquier desconfianza en la permanencia de las leyes paralizaría las facultades del hombre. Su permanencia se respeta de forma sagrada y en esto el hombre alberga una fe perfecta. Los entresijos y resortes del hombre se ajustan a la hipótesis de la permanencia de la naturaleza. No estamos hechos como un barco para ser zarandeados, sino como una casa que ha de seguir en pie. Es una consecuencia natural de esta estructura que, en tanto los poderes activos predominen sobre los reflexivos, nos resistamos con indignación ante cualquier indicio de que la naturaleza es más efímera o

mutable que el espíritu. Al agente de bolsa, al carretero, al carpintero, al aduanero les desagrada en gran medida tal insinuación.

Pero si bien aceptamos totalmente la permanencia de las leyes naturales, la cuestión de la existencia absoluta de la naturaleza sigue abierta. El efecto uniforme de la cultura sobre la mente humana no es el de debilitar nuestra fe en la estabilidad de los fenómenos particulares, como el calor, el agua, el nitrógeno, sino el de llevarnos a considerar la naturaleza como un fenómeno, no una sustancia, a atribuirle al espíritu una existencia necesaria, a estimar la naturaleza como un accidente y un efecto.

A los sentidos y al entendimiento recalcitrante pertenece una suerte de creencia instintiva en la existencia absoluta de la naturaleza. Bajo este punto de vista el hombre y la naturaleza están indisolublemente unidos. Las cosas son definitivas y nunca miran más allá de su esfera. La presencia de la razón menoscaba esta fe. El primer esfuerzo del pensamiento tiende a aplacar este despotismo de los sentidos, que nos atan a la naturaleza como si formáramos parte de ella, y nos muestra una naturaleza distante y, por así decirlo, flotante. Hasta que esta entidad superior interviene, el ojo animal ve, con precisión maravillosa, contornos definidos y superficies coloreadas. Cuando el ojo de la razón se abre, al contorno y a la superficie se añaden de inmediato gracia y expresión. Estas proceden de la imaginación y el afecto y atenúan un tanto la angulosa nitidez de los objetos. Si la razón estimula una visión más concienzuda, los contornos y las superficies se vuelven transparentes y dejan de verse; a través de ellos se distinguen causas y espíritus. Los mejores momentos de la vida son estos deliciosos despertares de los poderes superiores y la reverencial retirada de la naturaleza ante su Dios.

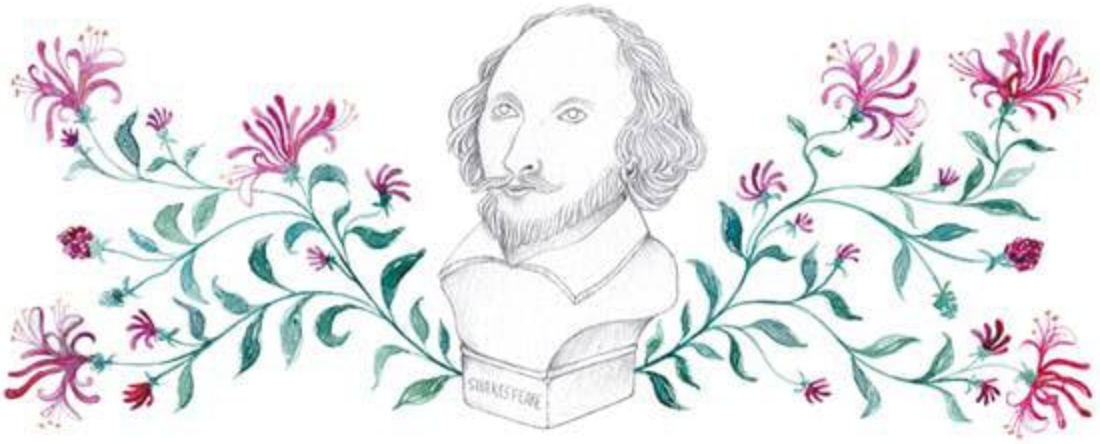
Procedamos a indicar los efectos de la cultura.

Nuestra primera institución de la filosofía idealista es una insinuación de la propia naturaleza.

La naturaleza y el espíritu conspiran a nuestra emancipación. Advertimos un dualismo gracias a ciertos cambios mecánicos, a pequeñas alteraciones en nuestra posición local. Nos afecta de manera extraña el hecho de ver la costa desde un barco en movimiento, desde un globo aerostático o teñida con los matices de un cielo fuera de lo corriente. El mínimo cambio en nuestro punto de vista dota al mundo entero de un aire pictórico. Un hombre que apenas cabalga no tiene más que subirse a un carruaje y atravesar su propia ciudad para hacer de la calle un espectáculo de marionetas. Los hombres, las mujeres —hablando, corriendo, comerciando, peleando—, el mecánico más concienzudo, el haragán, el mendigo, los chiquillos, los perros se vuelven irreales o, al menos, quedan desligados de toda relación con el observador, que los ve como seres aparentes y no sustanciales. ¡Qué de nuevas ideas se nos ocurren al ver un paisaje harto familiar desde el rápido movimiento del vagón de un tren! Es más, los objetos más habituales (con un ligero cambio en el punto de vista) son los que más nos agradan. En una cámara oscura el carro del carnicero y la figura de uno de nuestros parientes nos resultan divertidos. Así también nos complace el retrato de una cara familiar. Miremos del revés un paisaje agachando la cabeza entre las piernas, ¡y qué placentera es la imagen, aunque la hayamos visto a diario durante los últimos veinte años!

En estos casos los procedimientos mecánicos sugieren la diferencia entre el observador y el espectáculo: entre el hombre y la naturaleza. De ahí surge un placer mezclado con temor; podría decirse que sentimos cierto

grado inferior de lo sublime debido a que, probablemente, el hombre advierte así que, aunque el mundo sea un espectáculo, hay algo estable en él mismo.




El poeta comunica con un estilo más elevado el mismo placer. Con unos pocos trazos dibuja, como en el aire, el sol, la montaña, el campamento, la ciudad, el héroe, la doncella, no diferentes a como los conocemos, sino solamente alzados del suelo y flotando ante nuestra vista. Separa la tierra y el mar, los hace girar alrededor del eje de su pensamiento primordial y vuelve a situarlos. Poseído por una pasión heroica, utiliza la materia como símbolo. El hombre sensual adapta sus ideas a las cosas; el poeta adapta las cosas a sus ideas. El primero considera que la naturaleza es algo arraigado e inalterable; el segundo, algo fluido, y recalca su existencia en ella. El mundo obstinado le resulta dúctil y flexible; confiere humanidad al polvo y a las piedras, y hace de ellos las palabras de la razón. La imaginación puede definirse como el uso que la razón hace del mundo material. Shakespeare posee la capacidad de subordinar la naturaleza al propósito de la expresión más que ningún otro poeta. Su musa imperial juega con la creación como si fuera una fruslería en sus manos y la emplea para encarnar cualquier capricho del pensamiento que ocupe su mente en ese momento. Visita los espacios más remotos de la naturaleza y reúne las cosas más dispares gracias a una sutil conexión espiritual. Nos hace darnos cuenta de que la magnitud de las cosas materiales es relativa, y todos los objetos se encogen y se expanden para servir a la pasión del poeta. De este modo, en sus

sonetos, la balada de las aves, los aromas y tintes de las flores le parecen la *sombra* de su amada; el tiempo, que la aleja de él, es su *pecho*; la sospecha que ella ha suscitado es su *ornamento*:

> «El ornamento de la belleza es la sospecha,
> un cuervo que vuela por el aire más dulce».

Su pasión no es fruto del azar; crece, mientras habla, hasta convertirse en una ciudad o un estado.

> «No, fue erigido lejos de accidentes;
> no sufre en sonriente pompa ni cae
> bajo el golpe del servil descontento;
> no teme a ese hereje, la política,
> que trabaja con plazos de horas breves,
> sino que a solas se queda en su prudencia».

Ante la fuerza de su constancia las pirámides se le antojan recientes y transitorias. La frescura de la juventud y el amor le deslumbran con su parecido a la mañana.

> «Aparta esos labios
> que con tanta dulzura perjuraron;
> y esos ojos, despuntar del día,
> luceros que confunden la mañana».

No resultaría fácil encontrar en la literatura, debo añadir de paso, un equivalente a la salvaje belleza de esta hipérbole.

La transformación que experimentan todos los objetos materiales a través de la pasión del poeta —esta capacidad para empequeñecer lo grande y magnificar lo pequeño— podría ilustrarse con mil ejemplos tomados de su teatro. Tengo ante mí *La tempestad*, y citaré solamente estos pocos versos:[2]

> «ARIEL. Hice temblar
> promontorios de base firme, y de cuajo arranqué
> pinos y cedros».

Próspero pide música para calmar al desesperado Alonso y a sus compañeros:

> «Que una solemne melodía —siempre consuelo
> de la fantasía enferma— pueda curar vuestro cerebro
> que ahora, inútil, hierve en el cráneo».

De nuevo:

> «Se disuelve el encanto
> poco a poco, y del mismo modo que la mañana se insinúa
> en la noche, deshaciendo la oscuridad, así los sentidos
> despiertan, ahuyentando la niebla inconsciente que oscurecía
> la transparencia de la razón.
> Su entendimiento
> empieza a refluir, y la marea, ya próxima,
> en breve cubrirá las márgenes de su razón
> todavía infecta y fangosa».

La percepción de una afinidad real entre los acontecimientos (en otras palabras, de una afinidad ideal, pues solo esta es real) permite así al poeta aprovecharse libremente de las formas y fenómenos más imponentes del mundo y reafirmar la supremacía del alma.

Cuando, de este modo, el poeta anima la naturaleza con sus propios pensamientos se diferencia del filósofo solamente en esto: que uno se propone como fin principal la belleza y el otro la verdad. Pero el filósofo, no menos que el poeta, antepone el imperio del pensamiento al orden y las relaciones aparentes de las cosas. «El problema de la filosofía —según Platón— es hallar un motivo incondicional y absoluto para todo lo que existe condicionadamente». Se basa en la fe de que una ley determina todos los fenómenos, la cual, una vez conocida, podrá predecirlos todos. Esa ley en la mente es una idea. Su belleza es infinita. El verdadero filósofo y el verdadero poeta son uno, y la belleza, que es verdad, y la verdad, que es belleza, son el objetivo de ambos. ¿No es el encanto de una de las definiciones de Platón o Aristóteles estrictamente el mismo que el de la Antígona de Sófocles? Se trata, en ambos casos, de conferir a la naturaleza una vida espiritual, de impregnar y disolver con un pensamiento el bloque aparentemente sólido de la materia, de penetrar, por parte de este enclenque ser humano, las inmensas masas de la naturaleza con un alma que las delata, y reconocerse a sí mismo en su armonía, es decir, captar su ley. En el ámbito de la física, cuando esto se consigue, la memoria se descarga de sus engorrosos catálogos de detalles y condensa siglos de observaciones en una única fórmula.

De este modo, incluso en la física lo material se degrada ante lo espiritual. El astrónomo, el geómetra confían en su análisis irrefutable y desdeñan los resultados de la observación. La sublime afirmación de Euler sobre su ley de arcos, «esto parece contradecir toda experiencia, pero es verdad», ya ha trasladado la naturaleza a la mente y dejado de lado la materia como si fuera el despojo de un cadáver.

Se ha observado que la ciencia intelectual siempre engendra dudas sobre la existencia de la materia. Turgot decía: «Podemos asegurar que quien nunca ha dudado de la existencia de la materia carece de aptitudes para las indagaciones metafísicas». Nos obliga a fijar la atención sobre las naturalezas inmortales, necesarias e increadas, es decir, sobre las ideas, y en su presencia sentimos que las circunstancias externas no son más que un sueño y una sombra. Mientras esperamos en este Olimpo de los dioses, pensamos en la naturaleza como un apéndice del alma. Ascendemos a su ámbito y reconocemos que estos son los pensamientos del ser supremo. «Estos son los que fueron establecidos desde la eternidad, desde el principio, antes del origen de la Tierra. Cuando disponía los cielos, allí estaban; cuando sujetaba las nubes en lo alto, cuando afianzaba las fuentes del abismo. Allí estaban a su lado, como si hubieran crecido con él. De ellos tomó consejo».

Su influencia es proporcional. Como objetos de ciencia resultan accesibles a unos pocos hombres. Sin embargo, todos los hombres son capaces de elevarse a su ámbito mediante la devoción o la pasión. Y ningún hombre toca estas naturalezas divinas sin convertirse él mismo, en cierta medida, en una divinidad. Como un alma nueva, renuevan el cuerpo. Nos volvemos físicamente ágiles y etéreos, caminamos por el aire, la vida deja de ser fastidiosa y pensamos que nunca volverá a serlo. Ningún hombre teme a la edad, a la desgracia o a la muerte en su serena compañía, pues le alejan de la región de los cambios. Mientras contemplamos sin velos la naturaleza de la justicia y la verdad descubrimos la diferencia entre lo absoluto y lo condicional o relativo. Comprendemos lo absoluto. Por así

decirlo, por primera vez *existimos*. Nos volvemos inmortales, pues descubrimos que el tiempo y el espacio son relaciones de la materia que no tienen afinidad con una percepción verdadera o una voluntad virtuosa.

Finalmente, la religión y la ética, que con propiedad podemos denominar la práctica de las ideas o la introducción de las ideas en la vida, tienen un efecto análogo al de toda baja cultura al degradar la naturaleza y sugerir su dependencia del espíritu. La ética y la religión difieren en esto: que la primera es el sistema de las obligaciones humanas que parten del hombre, y la segunda, de Dios. La religión incluye la personalidad de Dios, la ética no. Son una misma cosa para nuestro propósito actual. Ambas ponen la naturaleza a sus pies. La primera y última lección de la religión es: «Las cosas visibles son pasajeras, las cosas invisibles son eternas». Infiere una afrenta a la naturaleza. Es para los legos lo que la filosofía para Berkeley y Viasa. El lenguaje uniforme que puede escucharse en las iglesias de las sectas más ignorantes dice así: «Despreciad los espectáculos insustanciales del mundo; son vanidades, sueños, sombras, irrealidades; id en busca de las realidades de la religión». El devoto ignora abiertamente a la naturaleza. Algunos teósofos han desarrollado cierta hostilidad e indignación hacia la materia, como en el caso de los maniqueos o de Plotino. Recelaban de sus impulsos por rememorar esas ollas de carne de Egipto. Plotino se avergonzaba de su cuerpo. En pocas palabras, todos ellos podrían decir de la materia lo que Miguel Ángel decía de la belleza exterior: «Es la maleza frágil y mortecina con la que Dios viste el alma, la cual ha entregado al tiempo».

Todo parece indicar que el movimiento, la poesía, la ciencia física e intelectual y la religión tienden por igual a menoscabar nuestra convicción sobre la realidad del mundo exterior. Pero confieso que resulta algo ingrato desarrollar en exceso los detalles de la proposición general, esto es, que toda cultura tiende a empaparnos de idealismo. No siento hostilidad hacia la naturaleza, sino un amor infantil. El día cálido me hace vivir y crecer, como el maíz y los melones. Dirijámonos a ella con franqueza. No deseo lanzar piedras a mi hermosa madre, ni ensuciar mi delicado nido. Solo deseo indicar la verdadera posición de la naturaleza con respecto al hombre, el lugar donde establecer al hombre, como pretende toda educación esmerada; como territorio por alcanzar es el objetivo de la vida humana, es decir, de la conexión del hombre con la naturaleza. La cultura invierte los vulgares puntos de vista sobre la naturaleza y hace que la mente llame aparente a lo que suele llamar real, y real a lo que suele llamar visionario. Los niños, es verdad, creen en el mundo exterior. La creencia de que no es más que una apariencia es una ocurrencia tardía, pero la cultura hará que esta fe vuelva a surgir en la mente tan firme como al principio.

La ventaja de la teoría del ideal sobre la fe popular es que presenta el mundo precisamente bajo el punto de vista que resulta más atractivo a la mente. Es, de hecho, el punto de vista que asume la razón, tanto la especulativa como la práctica, es decir, la filosofía y la virtud. Porque, desde la perspectiva del pensamiento, el mundo siempre es fenoménico, y la virtud lo subordina a la mente. El idealismo ve el mundo en Dios. Contempla todo el círculo de personas y cosas, de acciones y acontecimientos, de países y religiones, no como algo penosamente acumulado, átomo tras átomo, acto tras acto, en el lento arrastrarse de los tiempos, sino como un inmenso cuadro que Dios pinta en la instantánea eternidad para contemplación del alma. Por lo tanto, el alma rechaza un estudio excesivamente trivial y microscópico de la tablilla universal. Respeta demasiado el fin como para inmiscuirse en los medios. Ve algo más importante en el cristianismo que los escándalos de la historia eclesiástica o las sutilezas de la crítica; indiferente a las personas o a los milagros, y en absoluto inquieta por los abismos de la evidencia histórica, acepta de Dios el fenómeno tal y como se le presenta, como la forma pura e imponente de la religión en el mundo. No se muestra excitada o apasionada por la

aparición de lo que llama su buena o su mala fortuna en la unión u oposición de otras personas. Ningún hombre es su enemigo. Acepta todo cuanto ocurre como parte de su lección. Observa más que hace, y todo lo que hace es para observar mejor.

# CAPÍTULO 7

## ESPÍRITU

Es necesario que una verdadera teoría de la naturaleza y del hombre posea en cierta medida un carácter progresivo. Los usos agotados o susceptibles de agotarse y los hechos limitados por el discurso no pueden constituir toda la verdad de este soberbio alojamiento que alberga al hombre, y en el que todas sus facultades se ejercitan de manera apropiada e inagotable. Y todos los usos de la naturaleza pueden resumirse en uno solo, uno que proporciona a la actividad del hombre un ámbito infinito. En todos sus reinos, hasta los suburbios y arrabales de las cosas, se mantiene fiel a la causa a la que debe su origen. Siempre hace referencia al espíritu. Sugiere el absoluto. Es un efecto perpetuo. Es una gran sombra que siempre apunta al sol a nuestra espalda.

La naturaleza tiene un aspecto piadoso. Como la figura de Jesús, tiene la cabeza inclinada y las manos unidas sobre el pecho. El hombre más feliz es aquel que aprende de la naturaleza la lección de la adoración.

De esa esencia inefable que llamamos espíritu dirá menos quien más piense en ella. Podemos vislumbrar a Dios en los burdos y, por así decirlo, distantes fenómenos de la materia, pero cuando intentamos definirlo y describirlo, tanto el lenguaje como el pensamiento nos abandonan, y nuestra impotencia es entonces la misma que la de los idiotas o los salvajes. Esa esencia se niega a ser consignada en proposiciones, pero cuando el hombre lo adora intelectualmente, el servicio más noble de la naturaleza consiste en presentarse como la aparición de Dios. Es el órgano mediante el cual el espíritu universal se comunica con el individuo, y se afana por hacer que el individuo regrese a él.

Cuando consideramos el espíritu vemos que los puntos de vista presentados anteriormente no abarcan todo el ámbito de lo humano. Debemos añadir algunas ideas adicionales.

La naturaleza plantea tres problemas a la mente: ¿qué es la materia?, ¿de dónde viene?, ¿adónde va? La primera de estas preguntas es la única a la que responde la teoría del ideal. El idealismo dice: la materia es un fenómeno, no una sustancia. El idealismo nos familiariza con la disparidad total que existe entre la evidencia de nuestra propia existencia y la evidencia de la existencia del mundo. Una es perfecta, la otra no ofrece ninguna seguridad; la mente es parte de la naturaleza de las cosas, el mundo

es un sueño divino, del que al momento podemos despertar para encontrarnos ante las glorias y certezas del día. El idealismo es una hipótesis que explica la naturaleza con otros principios que no son los de la carpintería y la química. Pero si solamente niega la existencia de la materia no satisface las exigencias del espíritu. Deja fuera de mí a Dios. Me deja vagando sin cesar en el espléndido laberinto de mis percepciones. Entonces el corazón se resiste, puesto que los afectos se frustran al negar una existencia sustantiva a los hombres y mujeres. La vida humana impregna hasta tal punto la naturaleza que hay algo humano en todo y en cada cosa en particular. Pero esta teoría hace de la naturaleza algo ajeno y no explica esta consanguinidad que reconocemos en ella.

Que quede, pues, en el actual estado de nuestros conocimientos, simplemente como una útil hipótesis introductoria que nos sirva para advertir la distinción eterna entre el alma y el mundo.

Pero cuando, siguiendo los pasos invisibles del pensamiento, llegamos a preguntarnos «¿de dónde viene la materia?» y «¿adónde va?», surgen muchas verdades de los recovecos de la conciencia. Descubrimos que lo más elevado está presente en el alma del hombre, que la temible esencia universal, que no es la sabiduría, o el amor, o la belleza, o el poder, sino todo en uno, y cada uno por completo, es aquello para lo que existen todas las cosas y aquello por lo que son; que el espíritu es creador; que detrás de la naturaleza, en toda la naturaleza, está presente el espíritu; uno y no compuesto, no actúa sobre nosotros desde fuera, esto es, en el espacio y el tiempo, sino espiritualmente, o a través de nosotros; por lo tanto ese espíritu que es el ser supremo no despliega la naturaleza a nuestro alrededor, sino que la hace crecer a través de nosotros como la vida del árbol hace crecer ramas y hojas nuevas a través de los poros de las antiguas. Como una planta sobre la tierra, así el hombre descansa sobre el seno de Dios. Se nutre de inagotables fuentes y extrae, cuando lo necesita, un poder inextinguible. ¿Quién puede poner límites a las posibilidades del hombre? Una vez inhala el aire superior, tras concedérsele contemplar las naturalezas absolutas de la justicia y la verdad, el hombre descubre que tiene acceso a toda la mente del Creador, que él mismo es el creador en lo finito. Este punto de vista, que me advierte del lugar donde se encuentran las fuentes de la sabiduría y el poder, y apunta a la virtud como

«La llave dorada
que abre el palacio de la eternidad»,

luce sobre su rostro el más alto certificado de la verdad, puesto que me anima a crear mi propio mundo mediante la purificación de mi alma.

El mundo procede del mismo espíritu que el cuerpo del hombre. Es una encarnación más lejana e inferior de Dios, una proyección de Dios en el inconsciente. Pero difiere del cuerpo en un aspecto importante. No está, como este, sometido ahora a la voluntad humana. Su orden sereno es inviolable. Es, por lo tanto, para nosotros, el intérprete actual de la mente divina. Es un punto fijo que nos sirve para estimar nuestra desviación. A medida que decaemos, el contraste entre nosotros y nuestra casa se hace más evidente. Somos ajenos a la naturaleza en la misma medida que somos ajenos a Dios. No entendemos las notas de los pájaros. El zorro y el venado huyen de nosotros, el oso y el tigre nos desgarran. No conocemos más que el uso de unas pocas plantas, como el maíz y la manzana, la patata y la vid. ¿No es el paisaje, cada atisbo del cual es majestuoso por sí solo, uno de sus rostros? Sin embargo, esto puede mostrarnos cuánta discordia existe entre el hombre y la naturaleza, pues no podemos admirar libremente un paisaje noble mientras los jornaleros se afanan en cavar en el campo. El poeta juzga ridículo su deleite hasta que no desaparece de la vista de los hombres.

# CAPÍTULO 8

## PERSPECTIVAS

En las indagaciones que conciernen a las leyes del mundo y la estructura de las cosas, la razón más elevada es siempre la más verdadera. Esa que parece apenas posible: tan refinada que a menudo resulta vaga y borrosa al estar alojada en lo más profundo de la mente, entre las verdades eternas. La ciencia empírica tiende a nublar la vista y, por el mero hecho de conocer las funciones y los procesos, a privar al estudiante de una valiente visión de conjunto. El erudito se vuelve prosaico. Pero el naturalista más leído, aquel que preste una absoluta y devota atención a la verdad, comprobará que aún queda mucho por descubrir en su relación con el mundo, y que no cabe esperar descubrirlo mediante ninguna adición, sustracción o cualquier otra comparación de cantidades conocidas, sino que es algo a lo que se llega mediante espontáneas agudezas del espíritu, mediante una continua reivindicación de uno mismo y una humildad absoluta. Se dará cuenta de que existen cualidades mucho más extraordinarias en un estudiante que la precisión y la infalibilidad, que una conjetura es a menudo más fructífera que una afirmación irrefutable, y que un sueño puede ayudarnos a profundizar en los secretos de la naturaleza más que un centenar de experimentos coordinados.

Pues los problemas que quedan por resolver son precisamente aquellos que olvidan plantear tanto el fisiólogo como el naturalista. Es menos pertinente para el hombre conocer todos los individuos del reino animal que conocer de dónde procede o hacia dónde se dirige esta tiránica unidad de su constitución que sin descanso distingue y clasifica las cosas, que se esfuerza por reducir lo más diverso a una sola forma. Cuando contemplo un paisaje exuberante no atañe tanto a mi propósito el recitar correctamente el orden y la superposición de los estratos como averiguar por qué toda noción de multitud se pierde en una apacible sensación de unidad. Seré incapaz de hacer honor a la minuciosidad en el detalle mientras no exista un indicio que explique la relación entre cosas e ideas, un resquicio en la metafísica de

la conquiliología, de la botánica o de las artes que me ayude a mostrar la relación de las formas de las flores, las conchas, los animales y la arquitectura con la mente, y a construir una ciencia a partir de las ideas. En un gabinete de historia natural tomamos conciencia de una oculta identificación y simpatía entre las formas más rígidas y excéntricas de bestias, peces e insectos. El americano que se ha limitado, en su propio país, a ver edificios diseñados según modelos extranjeros, se ve sorprendido al entrar en la catedral de York o en San Pedro de Roma al sentir que estas estructuras son también imitaciones, copias vagas de un arquetipo invisible. Tampoco existirá una ciencia suficientemente humana mientras el naturalista pase por alto esa maravillosa concordancia que subsiste entre el hombre y el mundo, del cual es señor, no porque sea el habitante más astuto, sino porque es la cabeza y el corazón de ese mundo, y encuentra algo de sí mismo en todas las cosas grandes y pequeñas, en cada estrato montañoso, en cada nueva ley de los colores, en cada dato astronómico o influencia atmosférica revelados por la observación o el análisis. La percepción de este misterio inspira a la musa de George Herbert, el magnífico compositor de salmos del siglo XVII. Los siguientes versos son parte de su breve poema sobre el hombre:

«El hombre es todo simetría,
de proporciones lleno, de unos miembros con otros,
y asimismo con el mundo entero.
Cada parte puede llamar hermana a la más lejana;

pues cabeza y pie guardan una secreta amistad,
y ambos con las lunas y mareas.

»Nada se ha alejado tanto
que el hombre no pueda alcanzar y hacer su presa;
sus ojos desmontan la estrella más alta;
el hombre es en pequeña escala toda la esfera.
De buen grado las hierbas curan nuestro cuerpo
al descubrir en él a un conocido.

»Por nosotros soplan los vientos,
reposa la tierra, los cielos giran y las fuentes manan;
cuanto vemos pretende nuestro bien,
ya sea en forma de deleite o de tesoro;
todo es bien nuestra despensa de alimentos,
bien el gabinete de nuestro placer.

»Las estrellas nos muestran el camino al lecho;
la noche echa la cortina que el sol aparta luego.
La música y la luz atienden la cabeza.
Todas las cosas son amables con el cuerpo
en su descenso y ser; con el espíritu,
en su ascenso y su causa.

»Más sirvientes atienden al hombre
de los que el hombre se percata. En cada sendero
pisotea aquello que le ofrece su amistad
cuando enfermo palidece y languidece.
¡Oh, poderoso amor! El hombre es un mundo, y cuenta
con otro mundo que lo atiende».

Es la percepción de esta clase de verdades la que origina la atracción que conduce al hombre a la ciencia, pero perdemos de vista el fin cuando

prestamos atención a los medios. Habida cuenta de esta visión parcial de la ciencia, aceptamos la afirmación de Platón de que «la poesía está más cerca de la verdad vital que la historia». Cualquier suposición y vaticinio de la mente son merecedores de cierto respeto, y aprendemos a preferir teorías imperfectas y afirmaciones que contienen atisbos de verdad antes que compendios de sistemas que no ofrecen ninguna sugerencia valiosa. Un escritor sensato considerará que los fines del estudio y la composición se atienden mejor con el anuncio de regiones desconocidas del pensamiento, comunicando así, mediante la esperanza, una nueva actividad al espíritu aletargado.

Concluiré, pues, este ensayo con algunas tradiciones del hombre y la naturaleza que me cantó cierto poeta y que, puesto que siempre han estado en el mundo y quizás sigan presentándosele a todos los bardos, pueden ser a la vez historia y profecía.

«Los cimientos del hombre no están en la materia, sino en el espíritu. Pero el elemento del espíritu es la eternidad. La serie más larga de acontecimientos y la cronología más antigua le resultan por tanto jóvenes y recientes. En el ciclo del hombre universal, de quien proceden todos los individuos conocidos, los siglos solo son instantes y toda la historia no es más que una única época de decadencia.

»En nuestro fuero interno desconfiamos y renegamos de nuestra armonía con la naturaleza. Reconocemos y repudiamos alternativamente nuestra relación con ella. Estamos, como Nabucodonosor, destronados, privados de razón y comemos hierba como los bueyes. ¿Pero quién puede poner límites a la fuerza reparadora del espíritu?

»Un hombre es un dios en ruinas. Cuando los hombres sean inocentes, la vida será más larga y nos adentraremos en la inmortalidad con la misma suavidad con la que nos despertamos de un sueño. Ahora bien, el mundo sería un lugar rabioso y enloquecido si estas desorganizaciones duraran cientos de años. La muerte y la infancia lo mantienen bajo control. La infancia es el eterno Mesías que abraza a los hombres caídos y suplica con ellos regresar al paraíso.

»El hombre es un enano de sí mismo. Antes el espíritu lo impregnaba y disolvía. Llenaba la naturaleza con sus corrientes desbordadas. De él brotaron el Sol y la Luna; del hombre, el Sol; de la mujer, la Luna. Las

leyes de su mente y los periodos de sus acciones se exteriorizaban en el día y la noche, en el año y las estaciones. Pero, tras construirse este gran caparazón, sus aguas se retiraron. Ya no llena venas y capilares: ha quedado reducido a una gota. Comprueba que aún encaja en la estructura, pero con una desproporción descomunal. Digamos, más bien, que hace tiempo encajaba y ahora se corresponde con él desde lejos y en lo alto. Adora tímidamente su propia obra. Ahora es el hombre el seguidor del Sol, y la mujer la seguidora de la Luna. Y, sin embargo, en ocasiones se sobresalta en su sopor, y se asombra de sí mismo y de su hogar, y su parecido le lleva a extrañas cavilaciones. Percibe que si su ley es aún primordial, si aún cuenta con un poder elemental, si su palabra sigue teniendo una naturaleza excelsa, no se trata de un poder consciente, no está por debajo, sino por encima de su voluntad. Se trata del instinto». Así cantaba mi poeta órfico.

Hoy en día el hombre aplica a la naturaleza la mitad de su fuerza. Trabaja el mundo solo con su entendimiento. Habita en él y lo domina con tacañería, y el que más se afana no es más que un hombre a medias, y mientras que sus brazos son fuertes y su digestión excelente, su mente está embrutecida y es un salvaje egoísta. Su relación con la naturaleza y su poder sobre ella se establecen mediante el entendimiento: como ocurre con el estiércol, el uso productivo del fuego, el viento, el agua y la brújula del navegante, el vapor, el carbón, la agricultura química, las reparaciones del cuerpo que realizan el dentista y el cirujano. Es esta una forma de recuperar el poder, como si un rey desterrado volviera a adquirir sus territorios pulgada a pulgada, en lugar de abalanzarse sobre el trono. Mientras tanto,

en la densa oscuridad, no faltan destellos de una luz mejor, ejemplos ocasionales de la acción del hombre sobre la naturaleza con toda su fuerza, tanto con la razón como con el entendimiento. Tales ejemplos son las tradiciones de los milagros en la más temprana antigüedad de todas las naciones, la historia de Jesucristo, la consecución de un principio, como en las revoluciones religiosas o políticas y en la abolición del comercio de esclavos, los milagros del entusiasmo, como los que se cuentan de Swedenborg, Hohenlohe y la rama Shaker de los cuáqueros, muchos hechos oscuros y aún controvertidos, colocados ahora bajo el nombre de magnetismo animal, la oración, la elocuencia, la autocuración y la sabiduría de los niños. Son estos ejemplos de las veces que la razón ostenta momentáneamente el cetro, ejemplos del ejercicio de un poder que no existe en el tiempo ni el espacio, un poder originado en un flujo instantáneo. La diferencia entre la fuerza real y la fuerza ideal del hombre la imaginaron felizmente los escolásticos al afirmar que el conocimiento del hombre es un conocimiento vespertino, *vespertina cognitio*, pero el de Dios es un conocimiento matutino, *matutina cognitio*.

El problema de restituir al mundo su belleza original y eterna se resuelve con la redención del alma. La ruina o el vacío que vemos cuando miramos la naturaleza están en nuestro ojo. El eje de la visión no coincide con el eje de las cosas, de modo que no nos parecen transparentes, sino opacas. La razón de que el mundo carezca de unidad y esté roto y fragmentado es que el hombre se encuentra en desunión consigo mismo. No podrá ser un naturalista hasta que no satisfaga todas las exigencias del

espíritu. El amor es una exigencia en la misma medida que lo es la agudeza. Lo cierto es que ninguna de las dos cosas puede ser perfecta sin la otra. En el más pleno sentido de la palabra, el pensamiento es devoto y la devoción es pensamiento. Lo profundo llama a lo profundo. Pero en la vida real no se celebra esa unión. Existen hombres inocentes que adoran a Dios según la tradición de sus padres, pero su sentido del deber no se ha extendido todavía al uso de todas sus facultades. Y existen naturalistas pacientes, pero congelan el objeto de su interés bajo la luz glacial del entendimiento. ¿No es acaso la oración también un estudio de la verdad, una incursión del alma hacia una infinitud desconocida? No hay hombre que haya orado de corazón que no haya aprendido algo. El día que un pensador concienzudo se decida a separar los objetos de las relaciones personales y a contemplarlos a la luz del pensamiento, y avive al mismo tiempo la ciencia con el fuego de los afectos más sagrados, entonces Dios aparecerá de nuevo en la creación.

Una vez preparada, la mente no necesitará buscar sus objetos de estudio. Signo invariable de sabiduría es ver lo milagroso en lo común. ¿Qué es un día? ¿Qué es un año? ¿Qué es el verano? ¿Qué es la mujer? ¿Qué es un niño? ¿Qué es el sueño? En nuestra ceguera estas cosas nos parecen intrascendentes. Inventamos fábulas para ocultar la desnudez de un hecho y amoldarlo, como suele decirse, a la ley superior de la mente. Pero cuando lo vemos a la luz de una idea, la colorida fábula se apaga y se marchita. Contemplamos la verdadera ley superior. Para el sabio, por lo tanto, un hecho es auténtica poesía y la más hermosa de las fábulas. Estas maravillas se presentan a la puerta de nuestra propia casa. También tú eres un hombre. El hombre y la mujer, y su vida social, su pobreza, su trabajo, su sueño, su miedo y su fortuna no te son desconocidos. Has de saber que ninguna de estas cosas es superficial, sino que cada fenómeno tiene sus raíces en las facultades y afectos de la mente. Cuando una cuestión abstracta nos ocupa el intelecto, la naturaleza la traslada a lo concreto para que la resolvamos con nuestras manos. Sería aconsejable indagar en el ámbito privado y comparar nuestra historia cotidiana, punto por punto, especialmente durante las grandes crisis vitales, con la aparición y evolución de las ideas en la mente.

Así llegaremos a mirar el mundo con ojos nuevos. Nos responderá a la incesante pregunta del intelecto —¿qué es la verdad?— y de los afectos —

¿qué es bueno?— cediendo pasivamente a la voluntad educada. Sucederá entonces lo que sostenía mi poeta: «La naturaleza no es fija, sino fluida. El espíritu la altera, la moldea, la crea. La inmovilidad o tosquedad de la naturaleza es ausencia de espíritu; para el espíritu puro es fluida, es volátil, es obediente. Todo espíritu se construye una casa, y más allá de su casa, un mundo, y más allá de su mundo, un cielo. Has de saber, pues, que el mundo existe para ti. Para ti el fenómeno es perfecto. Lo que somos es lo único que vemos. Cuanto Adán tuvo, cuanto César pudo, tú lo tienes y lo puedes. Adán llamó a su casa cielo y tierra, César llamó a su casa Roma, quizá tú llames a la tuya taller de zapatero, cien acres de tierra labrada o buhardilla de estudioso. Y, sin embargo, línea a línea y punto por punto tu dominio es tan grande como el suyo, aunque no posea un nombre refinado. Construye, pues, tu propio mundo. Tan pronto como adaptes tu vida a la idea pura que albergas en tu mente, revelará sus enormes proporciones. Una revolución correspondiente en las cosas acompañará la afluencia del espíritu. Al instante se desvanecerán las apariencias desagradables, los cerdos, arañas, serpientes, plagas, manicomios, prisiones, enemigos; son temporales y no volverán a verse. La sordidez y la inmundicia de la naturaleza se secarán por efecto del sol y se las llevará el viento. Como cuando el verano llega desde el sur, los montículos de nieve se funden y la faz de la tierra vuelve a reverdecer, así el espíritu que avanza creará sus adornos a lo largo de su camino, y se llevará consigo la belleza que visite y la canción que lo hechice; atraerá a su alrededor hermosos rostros, cálidos corazones, sabios discursos y actos heroicos, hasta que no quede ningún mal a la vista. El reino del hombre sobre la naturaleza, que no viene de la observación —un dominio que ahora está más allá de su sueño de Dios—, llegará sin producir más asombro que el que sentiría un ciego al recuperar gradualmente una vista perfecta».

# POEMAS

# TODOS Y CADA UNO

Aquel patán de capa roja, en el campo, apenas
repara en ti que lo observas subido a la colina;
la vaquilla que muge en la granja, en la lejana
meseta, no muge para hechizar tu oído;
el sacristán, tañendo su campana a mediodía,
no aspira a que el gran Napoleón
detenga su caballo, y escuche con placer,
mientras sus filas asolan aquella altura alpina;
y en tu caso ignoras qué razones habrá
dado tu vida a las creencias del vecino.
A cada uno todos le resultan necesarios,
nada es hermoso o bueno por sí solo.
Las notas del gorrión me parecieron
celestiales cuando al alba cantaba en el aliso:
me lo llevé a casa, en su nido, por la tarde;
canta la canción, pero ya no me complace,
pues no me traje a casa el río y el cielo;
él canta a mis oídos, ellos cantan a mis ojos.
Las delicadas conchas yacían en la orilla:
las burbujas de la última ola
dejaban frescas perlas en su esmalte
y el bramar del mar embravecido saludaba
la huida que a salvo las traía a mi lado.
Aparté las algas y la espuma,

a casa me llevé mis tesoros marinos;
pero las pobres, repelentes, fétidas cosas
habían dejado su belleza en la orilla,
con el sol, y la arena, y el tumulto salvaje.
El amante observaba a su grácil doncella
que entre el séquito de la virgen caminaba,
sin saber que el atuendo mejor de su belleza
un coro blanco como la nieve lo había tejido.
Al fin llegó ella hasta su ermita,
como el ave de los bosques a la jaula;
el alegre encantamiento se deshizo,
una esposa dulce, pero ya no un hada.
«Codicio la verdad —me dije entonces—,
la belleza es engaño de la inmadura infancia:
la dejo atrás junto a los juegos
de la juventud». Mientras hablaba, a mis pies
los pinillos enroscaban sus guirnaldas,
arropando los abrojos del selago;
aspiré el aliento de la violeta;
alrededor se alzaban los abetos y robles,
las piñas y bellotas cubrían la tierra,
sobre mí se elevaba el cielo eterno,
rebosante de luz y de divinidad;
de nuevo vi, escuché de nuevo,
el río caudaloso, el ave matutina:
la belleza invadió mis sentidos
y me entregué a la totalidad perfecta.

# A REA

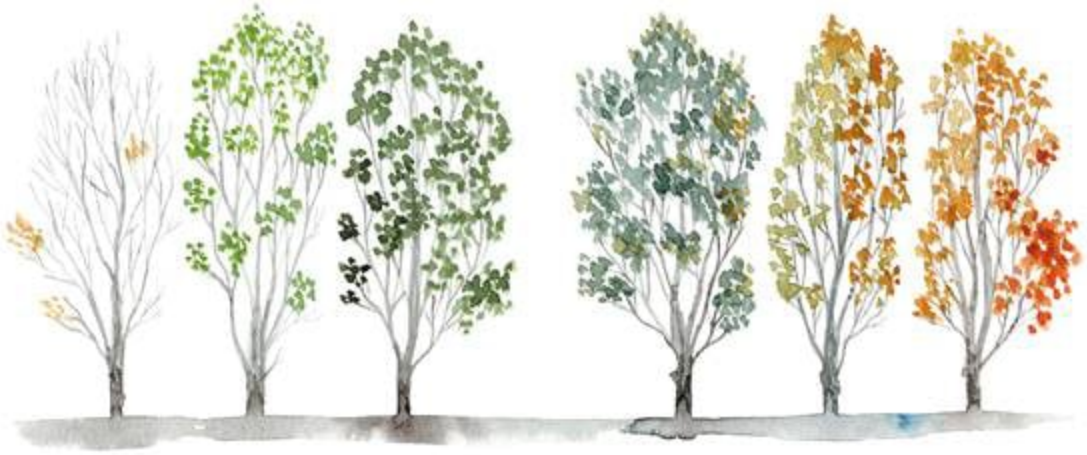
Tú, querida amiga, calmas a un hermano,
no con halagos, sino con verdades,
que no deslustran, sino que purifican,
iluminando lo que empaña el ojo matutino.
He venido de la primavera de los bosques,
de las soledades fragantes;
escucha el consejo que me dieron
los chopos y el murmullo de las aguas.

Si el amor hizo arder tu corazón;
si tu amor no es correspondido;
encierra en tu pecho tu tristeza
aunque silenciarla te desgarre;
pues una vez que el amor deja los ojos
de aquel cuyo corazón es traicionero,
y arranca una tras otra
las vendas de luz púrpura,
aunque seas la más amable
forma que el alma haya vestido,
le parecerás, en cada respuesta,
una arpía a sus ojos alterados;
tus súplicas más tiernas parecerán osadas,
el laúd que ruega parecerá que riñe;
aunque sigas el camino más recto,

amplio y remoto será tu extravío.
Pero has de hacer como los dioses
hacen en sus épocas sin nubes;
pues esto has de tenerlo por seguro:
aunque tú lo olvides, los dioses, firmes,
nunca olvidan su mandato,
constituyen las leyes de esta tierra.
Donde ellos guían, siguen todos,
así ha sido y así será siempre.
Una advertencia para el ciego y el sordo
escrita está sobre la hoja de hierro:
«Quien beba de la copa de néctar de Cupido
amará cada vez menos, y no más»;
por tanto, quien ama, dioses y hombres,
no sigue siendo amado por el mismo;
la idolatría de su amado
desciende, en cambio, a otro nivel.

Cuando un dios es cautivado
por la belleza de una inmortal criatura,
y se deleita en su radiante juventud,
no se engaña, sino que sabe cauteloso
que su amor nunca será correspondido.
Y así hacen los sabios inmortales.
Es su disciplina y su placer
bendecir esa criatura día y noche;
defenderla del mal que la amenace;
en su regazo verter todo esplendor;
saquear la tierra tras tesoros raros,
ir en busca de estrellas para adornar su pelo:
mezcla música con sus pensamientos
y la entristece con dudas celestiales:
su corazón conoce toda gracia, todo bien,

rebosante de amor, el rey otorga;
dice: «¡Oídme! ¡Tierra, mar y aire!
Este monumento a mi desdicha
construyo para lo Bueno, para lo Bello.
No para un bien particular,
sino que yo, desde mi beatitud,
aunque sufrí desdén como ninguno,
la adorno como ninguno fue adornado.
Hago de esta doncella un ejemplo
para la naturaleza, en todos sus vastos reinos,
mediante el cual crear nuevas razas, formas
más majestuosas, y rostros más hermosos;
mediante el cual llevar al hombre a otro nivel
de poder y de esplendor.
Sean estos regalos los rehenes que entrego
a cambio de mi libertad.
¡Mira por ti, oh Universo!
Tú eres mejor, y no peor».
Y así el dios, al entregarlo todo,
se libera para siempre de su hechizo.



# MITRÍDATES

No me privo del agua ni del vino,
de la hoja de tabaco, de la amapola, de la rosa;
desde los polos hasta la línea ecuatorial,
todo lo que entre ambos actúa o crece,
conmigo todos guardan parentesco.

Dadme ágatas de almuerzo;
dadme cantáridas para comer;
traedme alimentos del aire y del océano,
de cualquier zona y altitud;

de toda naturaleza, afilada o viscosa,
sal y basalto, salvaje y doméstica:
que árboles y líquenes, simios, leones marinos,
aves y reptiles sean mis piezas de caza.

Hiedras para hacerme una diadema,
cegadores cornejos dadme en mano,
recoged cicuta para mi sorbete
y zumo prúsico para inducirme el sueño;
columpiadme en las ramas del upas,
con aires de vampiro, si me embriago.

Tras tanto tiempo en apuros y escasez,

apenas alimentado de rocío,
usaré el mundo, y lo cribaré,
mil veces le haré cambiar de humor,
como quien hace girar una cereza.
¡Oh fantasmas tristes y trasgos alegres!
¡Oh vosotras, virtudes, métodos, fuerzas,
recursos, aplicaciones y deleites,
reputados errores y engreídos aciertos,
rutinas petulantes y cosas permitidas,
minorías, cosas bajo las nubes!
¡Aquí! ¡Llevadme, usadme, llenadme
venas y arterias, aunque seáis mi muerte!
¡Dios! Me niego a ser un búho;
en el Capitolio, en cambio, báñame de sol.

# ADIÓS

¡Adiós, mundo orgulloso! Me marcho a casa:
no eres amigo mío, ni soy yo amigo tuyo.
Largo tiempo vagué entre tus gentes cansadas;
como un arca fluvial sobre el piélago oceánico
largo tiempo como la espuma me has zarandeado;
pero ahora, ¡mundo orgulloso! Me marcho a casa.

Adiós al rostro lisonjero de la Adulación;
a la mueca prudente de la Grandiosidad;
a la mirada apartada de la advenediza Riqueza;
al flexible Oficio, bajo y alto;
a las salas atestadas, a la corte y a la calle;
a los corazones de hielo y los pies apurados;
a aquellos que se van y a los que vienen;
¡adiós, mundo orgulloso! Me marcho a casa.

Me marcho a mi propia morada,
en el seno de esas verdes colinas solitarias:
un secreto rincón en una tierra amable,
cuyas arboledas son obra de hadas juguetonas;
donde las verdes bóvedas, durante todo el día,
repiten la redondilla de los mirlos,
y donde pies vulgares no han hollado jamás
un lugar sagrado para Dios y el pensamiento.

Oh, cuando estoy a salvo en mi hogar silvano,
pisoteo el orgullo de Grecia y el de Roma;
y cuando me estiro debajo de los pinos,
donde la estrella vespertina brilla sagradamente,
me río de la sabiduría y el orgullo del hombre,
y de las escuelas sofistas, y del clan erudito;
¿pues qué son todos ellos, con toda su arrogancia,
cuando el hombre en la zarza puede conocer a Dios?

# EL RODODENDRO

*Al preguntarme: ¿de dónde la flor?*

En mayo, cuando los vientos marítimos
atravesaban nuestras soledades, me encontré
al fresco rododendro en el bosque, con sus flores
sin hojas desplegadas en un húmedo rincón,
para complacer al arroyo desierto y estancado.
Los pétalos morados, caídos en la charca,
alegraban con su belleza el agua oscura; tal vez
el cardenal acuda aquí a refrescar su plumaje,
y a cortejar la flor que desmerece su atavío.
¡Rododendro!, si los sabios te preguntan la razón
de este derroche en la tierra y los cielos,
diles, ay, que si los ojos están hechos para ver,
la Belleza justifica por sí sola su existencia:
¿por qué estabas allí, oh rival de la rosa?,
nunca se me ocurrió preguntarlo, nunca lo averigüé,
pero, en mi simple ignorancia, supongo
que el mismísimo Poder que me trajo a mí te trajo a ti.

# RECOGER BAYAS

«Puede que sea verdad lo que he escuchado:
la tierra es un paraje inhóspito,
truculento, lleno de engaños y violencia»,
me decía yo, paseando por los prados,
y a lo largo del margen del arroyo.
Atrapado entre las zarzamoras,
mientras me alimentaba de la dulzura etíope,
placenteras fantasías se apoderaron de mí.
Me dije: «¿Qué influencia me ha preferido,
electo, para sueños hermosos como estos?».
Las zarzas respondieron: «¿Y no has pensado
adjudicar ningún acierto a nuestras bayas?».

# LA TORMENTA DE NIEVE

Anunciada por todas las trompetas del cielo
llega la nieve y, sobrevolando la campiña,
parece no hallar donde posarse: el aire blanqueado
oculta colinas y bosques, el río y el cielo,
y vela la casa de labranza y el recodo del jardín.
El trineo y el viajero detenidos, los pies del mensajero
retrasados, inaccesibles todos los amigos, los habitantes
de la casa se sientan junto al hogar radiante, encerrados
en la tumultuosa intimidad de la tormenta.

Venid a ver la albañilería del viento del norte:
siempre provisto de tejas procedentes
de una cantera invisible, el fiero artífice
curva sus blancos bastiones con tejados y aleros
sobre toda estaca, árbol o puerta a barlovento.
A toda velocidad, con mil manos, su desenfrenada obra
es tan extravagante, tan feroz, que nada cuida
el número o la proporción. Burlonamente,
sobre corrales y perreras cuelga guirnaldas de Paros,
con una forma de cisne viste al oculto espino,
cubre el sendero del granjero de muro a muro,
a despecho de todos sus suspiros, y en el portón
con una torrecilla afilada culmina la obra.
Y cuando sus horas están contadas, y el mundo

es todo suyo, al retirarse, como si no lo hiciera,
deja, cuando el sol aparece, un arte atónito
que imita en lentas estructuras, piedra a piedra,
construidas en siglos, la demencial obra nocturna
del viento, la arquitectura juguetona de la nieve.

# NOTAS DEL BOSQUE I

**1**

En este momento, adversa
es la fortuna del bardo,
nacido a destiempo;
toda su destreza,
agotada en el mayor tesoro natural,
no le aprovecha.
Cuando el pino arroja sus piñas
que entonan sus notas de cascada,
se apresura a los senderos del bosque,
les habla a las aves y a los árboles;
César de su frondosa Roma,
allí el poeta está en su casa.
Se acerca a las orillas de los ríos
sin anzuelos ni sedal,
permanece en las vastas praderas
sin armas o guadañas a la vista;
con nadie tiene relación,
nadie sale en su busca,
ni los hombres en la tierra,
ni los espíritus remotos.
Sin duda un dios hechiza su mirada;
lo que sabe a nadie le interesa.
Por los bosques viaja alegre,

sin que haya mejorado su fortuna,
una melancolía sin pesar.
Plantador de plantas celestiales,
lo que sabe a nadie le interesa;
lo que sabe lo oculta, no alardea.
El saber que este hombre más valora
el resto lo considera estrafalario:
sopesa las sombras, los colores, las nubes,
los brotes de la hierba y el sudario de la oruga,
las ramas sobre las que se posan las abejas,
los colores que salpican las violetas, la razón
de que el número cinco sea el favorito
de la naturaleza y repita las formas estrelladas;
enamorado de todo cuanto vive,
se pregunta por todo lo que encuentra,
se pregunta sobre todo por sí mismo,
¿quién puede decirle lo que es,
o cómo coinciden en un elfo humano
eternidades pasadas y futuras?

**2**

Y uno así conocí, un profeta del bosque,
un trovador del año natural,
pronosticador de los idus vernales,
sabio heraldo de esferas y mareas,
un amante fiel, que conocía de memoria
las dichas que ofrecen los valles montañosos;
parecía que la naturaleza no podía cultivar
una planta en ningún lugar secreto,
en ciénagas temblorosas, en colinas nevadas,

bajo la hierba que da sombra al riachuelo,
bajo la nieve, entre las rocas,
en húmedos campos que conocen el pájaro y el zorro,
sin que él acudiera en el preciso instante
en que se abría en su enramada virgen,
como si un rayo de sol le mostrara el lugar,
a identificar su estirpe de antigua descendencia.
Parecía que las brisas le guiaran;
parecía que los gorriones le instruyeran;
como si supiera gracias a una visión secreta
dónde, en los campos lejanos, crecían las orquídeas.
Muchas cosas suceden en los campos
que rara vez presencian las ávidas miradas,
pero la naturaleza empleaba todos sus espectáculos
para agradar y ganarse a este sabio peregrino.
Veía a la perdiz tamborilear en el bosque,
escuchaba a la becada entonar sus himnos vespertinos,
encontraba las nidadas del zorzal rojizo
y el tímido halcón esperaba por él;
lo que otros oían a distancia,
e imaginaban en la oscuridad de la espesura,
se le mostraba a este filósofo,
y a sus órdenes parecía acudir.

**3**

En el Maine sin labrar buscó a la cuadrilla maderera,
allí donde jóvenes riachuelos nacen de cien lagos,
caminó por el suelo sin plantar del bosque, donde
el sol que todo lo ve no ha brillado en siglos,
donde se alimenta el alce y anda el oso huraño,
y sobre el cual el picapinos recorre altos maderos.
Vio bajo sombrías naves, en lechos olorosos,
a la menuda *linnæa* inclinar sus cabezas gemelas,
y bendijo el monumento del hombre de las flores,

que exhala su dulce fama entre las enramadas del norte.
Alcanzó a oír, en la arboleda, a intervalos,
con un súbito estruendo la caída de pinos centenarios:
un estrépito, el himno funeral del árbol perfecto,
anuncia que su verde siglo ha concluido.
Pasa desapercibida la planta en cuya creación
confluyeron dulces influencias de todos los elementos,
cuyas torres vivientes colaboraron a levantar los años,
cuya vertiginosa copa solía dorar la mañana.
Bajo estas verdes carpas, vestidas por la naturaleza más antigua,
vagaba, satisfecho a la vez con el hombre y la bestia.
Donde la oscuridad le sorprendía se acostaba a la noche
y allí la rojiza mañana lo acariciaba con su luz.
Durante tres lunas su corazón hizo de él un ermitaño
mientras erraba a su antojo por la sombra infinita.
El tímido pregunta la dirección que ha de seguir
y teme al enemigo que deambula por pantanos y cuevas,
no da ni un solo un paso hasta saber qué pasará,
y se lamenta de los males futuros y pasados.
No así el sabio; no monta una cobarde guardia
para espiar qué peligro acecha en el sendero;
vaya a donde vaya, el hombre sabio está en su casa,
su hogar es la tierra, su salón la bóveda celeste;
a donde le conduce su espíritu libre, ese es su camino,
que ilumina y anuncia la propia luz de Dios.

**4**

Era uno de esos días afortunados,
cuando mana el genio de Dios,
el viento puede soplar en veinte direcciones,
pero nunca estallar una tempestad;
puede estallar al norte, que aún hace calor;
o al sur, que aún está despejado;
o al este, que huele como un campo de tréboles;
o al oeste, que no hay riesgo de truenos.
El pensativo campesino de grandeza humilde
se sentaba junto al agua en el bosque;

las raíces de los pinos, como sogas, crecían cruzadas,
dispuestas como el entramado de su trono;
el gran lago, bordeado de arena y herbazales,
estaba bruñido como una superficie de cristal,
pintado de sombras verdes y orgulloso
de los árboles y las nubes.
El campesino era el centro de la escena:
al dar en él, el sol parecía más sereno,
las colinas y nubes conocían su rostro
que guardaba un parecido con los suyos,
gracias a una secreta afinidad conocían
al hijo público de la tierra y el cielo.
«Preguntas —dijo— qué guía me condujo
por intransitables matorrales,
por bosques densos, agrestes y vastos.
Encontré el cauce del agua.
Los cursos de agua fueron mi guía:
viajé agradecido a su lado
o a lo largo de su lecho reseco,
me condujeron por la húmeda espesura,
por helechales y frondas, colonias de castores,
por cauces de granito atajé mi camino
y demostraron su amistad irresistible;
las aguas que caían me guiaron,
las aguas sustanciosas me alimentaron,
y me llevaron hasta la tierra más baja,
infaliblemente hasta la arena del mar.
El musgo sobre la corteza de los árboles
fue mi estrella polar en las noches oscuras,
las bayas moradas en el bosque
me proporcionaron la comida necesaria;
pues la naturaleza siempre es fiel
a aquellos que confían en su fidelidad.

Cuando el bosque extravíe mi camino,
cuando me engañen la noche y la mañana,
cuando el mar y la tierra me nieguen alimento,
habrá llegado el momento de morir;
entonces mi madre todavía dispondrá
una almohada en su campo más verde,
y las flores de junio acudirán a cubrir
la arcilla de su difunto amante».

# PACIENCIA

¿Has nombrado a todas las aves sin un arma?
¿Amado la rosa silvestre sin cortarla luego?
¿En la mesa de los ricos comido pan y legumbres?
¿Desarmado, afrontado el peligro con corazón confiado?
¿Y amado tan bien una conducta elevada,
en hombre o en doncella, que te abstuviste de hablar,
nobleza más noblemente así correspondida?
¡Oh, sé mi amiga, y enséñame a ser tuyo!

# LA DISCULPA

No creas que soy grosero y antipático
por recorrer a solas cañadas y arboledas,
acudo al dios del bosque
para traer su palabra a los hombres.

No culpes a mi pereza de que cruce
los brazos junto al arroyo,
todas las nubes que flotan en el cielo
escriben una letra en mi libro.

No me censuréis, laboriosa banda,
por las ociosas flores que me traje;
cada áster en mi mano
llega a casa cargado de una idea.

Nunca ha habido un misterio
que las flores no explicaran;
nunca ha habido un secreto
que las aves no contaran en las ramas.

Tras una cosecha de tu campo
los bueyes regresaron más fuertes;
una segunda produjeron tus acres
y es esa la que recoge mi canción.

# AÑUBLO

Dadme verdades,
que estoy cansado de las superficies
y muero de inanición. Si conociera
tan solo las especias y hierbas de los bosques,
la ruda, la potentilla, la yedra terrestre, la verbena y la agrimonia,
la alverjana, el trilio, la pelosilla, el sasafrás,
la asclepia y los oscuros helechos, las pintorescas cañas y droseras,
y las raras y virtuosas raíces, que en esos bosques
extraen jugos indescriptibles de la tierra común,
indescriptibles, desconocidas, y fuera capaz de referir
su fragancia, y su química aplicar
mediante dulces afinidades a la carne humana,
expulsando al enemigo y asentando al amigo…
Oh, eso ya sería mucho, y podría formar parte
del día redondo, relacionarme con el sol
y el mundo de las plantas, y ser el albacea universal
de sus funciones imperfectas.
Pero estos jóvenes estudiosos que invaden las colinas,
audaces como el ingeniero que tala los bosques
y que a menudo recorren el claro que este ha abierto,
no aman la flor que arrancan, y no la conocen,
y toda su botánica se reduce a nombres en latín.

Los ancianos estudiaban la magia en las flores,
y la fortuna de los hombres en la astronomía,
y la omnipotencia en la química; preferían
las cosas a los nombres, pues estos eran hombres,
eran unitarios del mundo unido,
y, donde quiera que cayera su mirada limpia,
captaban las huellas de lo MISMO. Nuestros ojos
están provistos, pero somos ajenos a las estrellas,
y ajenos a las bestias y aves místicas,
y ajenos a la planta y a la mina.
Los elementos ofendidos dicen: «No en nosotros»,
y altaneramente nos devuelven la mirada.
Pues les invadimos impíamente con fines lucrativos;
los devastamos irreligiosamente,
y fríamente les pedimos su potaje, no su amor.
Por eso nos apartan de ellos, nos ceden
tan solo lo que se debe a nuestro quejoso esfuerzo;
pero la dulce abundancia de amor y de canciones,
los ricos frutos del divino acuerdo
entre el hombre y la tierra, del mundo amado y amante,
el néctar y la ambrosía, nos los niegan;
y en medio del botín y los esclavos, nosotros los ladrones
y piratas del universo, confinados
diariamente a un borde más estrecho y distante,
palidecemos y pasamos hambre. Por eso, a nuestra mirada enferma,
los árboles raquíticos parecen enfermos, el verano corto,
las nubes tapan un sol que no secará nuestro heno,
y nada prospera hasta alcanzar su término natural;
y la vida, despojada de su venerable duración,
incluso en su mayor extensión supone una derrota,
y muere enfurecida de que fuera un engaño;
y, en su hora más señalada y mayor desenfreno,

es prematuramente frugal, como el niño de un mendigo;
instruida en el cálculo menos espléndido,
incluso en la persecución de los mejores objetivos
y recompensas de la ambición, refrena su mano,
como una catarata alpina congelada en el salto,
helada con una comparación mezquina
entre la compra del juguete y la duración de la vida.

# HIMNO

*Cantado en la inauguración del monumento de Concord,*
*19 de abril de 1836*

Junto al tosco puente que arqueaba la riada
su bandera se desplegó a la brisa de abril,
aquí los campesinos asediados tomaron posición,
y realizaron el disparo que se oyó en todo el mundo.

El enemigo desde entonces ha dormido en silencio;
igual que el conquistador duerme silencioso;
y el Tiempo se ha llevado el puente derruido
por la oscura corriente que se arrastra hacia el mar.

En esta ribera verde, junto a la suave corriente,
erigimos en el día de hoy una piedra votiva;
que la memoria redima su hazaña
cuando como nuestros padres partan nuestros hijos.

Espíritu, que hiciste atreverse a aquellos hombres
a la muerte, o a dejar libres a sus hijos,
ruega al Tiempo y a la Naturaleza que perdonen
la columna que a ellos y a ti hemos alzado.

# *POEMS*

# EACH AND ALL

*Little thinks, in the field, yon red-cloaked clown,*
*Of thee from the hill-top looking down*;
*The heifer that lows in the upland farm,*
*Far-heard, lows not thine ear to charm*;
*The sexton, tolling his bell at noon,*
*Deems not that great Napoleon*
*Stops his horse, and lists with delight,*
*Whilst his files sweep round yon Alpine height*;
*Nor knowest thou what argument*
*Thy life to thy neighbor's creed has lent.*
*All are needed by each one*;
*Nothing is fair or good alone.*
*I thought the sparrow's note from heaven,*
*Singing at dawn on the alder bough*;
*I brought him home, in his nest, at even*;
*He sings the song, but it pleases not now,*
*For I did not bring home the river and sky; —*
*He sang to my ear, — they sang to my eye.*
*The delicate shells lay on the shore*;
*The bubbles of the latest wave*
*Fresh pearls to their enamel gave*;
*And the bellowing of the savage sea*
*Greeted their safe escape to me.*
*I wiped away the weeds and foam,*

*I fetched my sea-born treasures home*;
*But the poor, unsightly, noisome things*
*Had left their beauty on the shore,*
*With the sun, and the sand, and the wild uproar.*
*The lover watched his graceful maid,*
*As 'mid the virgin train she stayed,*
*Nor knew her beauty's best attire*
*Was woven still by the snow-white choir.*
*At last she came to his hermitage,*
*Like the bird from the woodlands to the cage; —*
*The gay enchantment was undone,*
*A gentle wife, but fairy none.*
*Then I said, "I covet truth*;
*Beauty is unripe childhood's cheat*;
*I leave it behind with the games of youth:" —*
*As I spoke, beneath my feet*
*The ground-pine curled its pretty wreath,*
*Running over the club-moss burrs*;
*I inhaled the violet's breath*;
*Around me stood the oaks and firs*;
*Pine-cones and acorns lay on the ground*;
*Over me soared the eternal sky,*
*Full of light and of deity*;
*Again I saw, again I heard,*
*The rolling river, the morning bird; —*
*Beauty through my senses stole*;
*I yielded myself to the perfect Whole.*

# TO RHEA

*Thee, dear friend, a brother soothes,*
*Not with flatteries, but truths,*
*Which tarnish not, but purify*
*To light which dims the morning's eye.*
*I have come from the spring-woods,*
*From the fragrant solitudes; —*
*Listen what the poplar-tree,*
*And murmuring waters counselled me.*

*If with love thy heart has burned*;
*If thy love is unreturned*;
*Hide thy grief within thy breast,*
*Though it tear thee unexpressed*;
*For when love has once departed*
*From the eyes of the false-hearted,*
*And one by one has torn off quite*
*The bandages of purple light*;
*Though thou wert the loveliest*
*Form the soul had ever dressed,*
*Thou shalt seem, in each reply,*
*A vixen to his altered eye*;
*Thy softest pleadings seem too bold,*
*Thy praying lute shall seem to scold*;
*Though thou kept the straightest road,*

*Yet thou errest far and broad.*

*But thou shalt do as do the gods*
*In their cloudless periods*;
*For of this lore be thou sure, —*
*Though thou forget, the gods, secure,*
*Forget never their command,*
*But make the statute of this land*:
*As they lead, so follow all,*
*Ever have done, ever shall.*
*Warning to the blind and deaf,*
*'Tis written on the iron leaf,*
*Who drinks of Cupid's nectar cup*
*Loveth downward and not up*;
*Therefore, who loves, of gods or men,*
*Shall not by the same be loved again*;
*His sweetheart's idolatry*
*Falls, in turn, a new degree.*

*When a god is once beguiled*
*By beauty of a mortal child,*
*And by her radiant youth delighted,*
*He is not fooled, but warily knoweth,*
*His love shall never be requited.*
*And thus the wise Immortal doeth*. —
*'Tis his study and delight*
*To bless that creature day and night*;
*From all evils to defend her,*
*In her lap to pour all splendor*;
*To ransack earth for riches rare,*
*And fetch her stars to deck her hair*:
*He mixes music with her thoughts,*
*And saddens her with heavenly doubts*:

*All grace, all good his great heart knows,*
*Profuse in love, the king bestows*:
*Saying, 'Hearken, Earth! Sea! Air*!
*This monument of my despair*
*Build I to the All-Good, All-Fair.*
*Not for a private good,*
*But I, from my beatitude,*
*Albeit scorned as none was scorned,*
*Adorn her as was none adorned.*
*I make this maiden an ensample*
*To Nature, through her kingdoms ample,*
*Whereby to model newer races,*
*Statelier forms, and fairer faces*;
*To carry man to new degrees*
*Of power, and of comeliness.*
*These presents be the hostages*
*Which I pawn for my release.*
*See to thyself, O Universe*!
*Thou art better, and not worse.' —*
*And the god, having given all,*
*Is freed forever from his thrall*

# MITHRIDATES

*I cannot spare water or wine,*
*Tobacco-leaf, or poppy, or rose*;
*From the earth-poles to the Line,*
*All between that works or grows,*
*Every thing is kin of mine.*

*Give me agates for my meat,*
*Give me cantharids to eat,*
*From air and ocean bring me foods,*
*From all zones and altitudes.*

*From all natures, sharp and slimy,*
*Salt and basalt, wild and tame,*
*Tree, and lichen, ape, sea-lion,*
*Bird and reptile be my game.*

*Ivy for my fillet band,*
*Blinding dogwood in my hand,*
*Hemlock for my sherbet cull me,*
*And the prussic juice to lull me,*
*Swing me in the upas boughs,*
*Vampire-fanned, when I carouse.*

*Too long shut in strait and few,*

*Thinly dieted on dew,*
*I will use the world, and sift it,*
*To a thousand humors shift it,*
*As you spin a cherry.*
*O doleful ghosts, and goblins merry,*
*O all you virtues, methods, mights*;
*Means, appliances, delights*;
*Reputed wrongs, and braggart rights*;
*Smug routine, and things allowed*;
*Minorities, things under cloud*!
*Hither! take me, use me, fill me,*
*Vein and artery, though ye kill me*;
*God! I will not be an owl,*
*But sun me in the Capitol.*

# GOOD-BYE

*Good-bye, proud world! I'm going home*:
*Thou art not my friend, and I'm not thine.*
*Long through thy weary crowds I roam*;
*A river-ark on the ocean brine,*
*Long I've been tossed like the driven foam*;
*But now, proud world! I'm going home.*

*Good-bye to Flattery's fawning face*;
*To Grandeur with his wise grimace*;
*To upstart Wealth's averted eye*;
*To supple Office, low and high*;
*To crowded halls, to court and street*;
*To frozen hearts and hasting feet*;
*To those who go, and those who come*;
*Good-bye, proud world! I'm going home.*

*I am going to my own hearth-stone,*
*Bosomed in yon green hills alone,—*
*A secret nook in a pleasant land,*
*Whose groves the frolic fairies planned*;
*Where arches green, the livelong day,*
*Echo the blackbird's roundelay,*
*And vulgar feet have never trod*
*A spot that is sacred to thought and God.*

*O, when I am safe in my sylvan home,*
*I tread on the pride of Greece and Rome*;
*And when I am stretched beneath the pines,*
*Where the evening star so holy shines,*
*I laugh at the lore and the pride of man,*
*At the sophist schools, and the learned clan*;
*For what are they all, in their high conceit,*
*When man in the bush with God may meet*?

# THE RHODORA

On being asked, whence is the flower.

*In May, when sea-winds pierced our solitudes,*
*I found the fresh Rhodora in the woods,*
*Spreading its leafless blooms in a damp nook,*
*To please the desert and the sluggish brook.*
*The purple petals, fallen in the pool,*
*Made the black water with their beauty gay*;
*Here might the red-bird come his plumes to cool,*
*And court the flower that cheapens his array.*
*Rhodora! if the sages ask thee why*
*This charm is wasted on the earth and sky,*
*Tell them, dear, that if eyes were made for seeing,*
*Then Beauty is its own excuse for being*:
*Why thou wert there, O rival of the rose*!
*I never thought to ask, I never knew*;
*But, in my simple ignorance, suppose*
*The self-same Power that brought me there brought you.*

# BERRYING

*‘May be true what I had heard, —*
*Earth’s a howling wilderness,*
*Truculent with fraud and force,’*
*Said I, strolling through the pastures,*
*And along the river-side.*
*Caught among the blackberry vines,*
*Feeding on the Ethiops sweet,*
*Pleasant fancies overtook me.*
*I said, ‘What influence me preferred,*
*Elect, to dreams thus beautiful?’*
*The vines replied, ‘And didst thou deem*
*No wisdom to our berries went?’*

# THE SNOW-STORM

*Announced by all the trumpets of the sky,*
*Arrives the snow, and, driving o'er the fields,*
*Seems nowhere to alight: the whited air*
*Hides hills and woods, the river, and the heaven,*
*And veils the farm-house at the garden's end.*
*The steed and traveller stopped, the courier's feet*
*Delayed, all friends shut out, the housemates sit*
*Around the radiant fireplace, enclosed*
*In a tumultuous privacy of storm.*

*Come see the north wind's masonry.*
*Out of an unseen quarry evermore*
*Furnished with tile, the fierce artificer*
*Curves his white bastions with projected roof*
*Round every windward stake, or tree, or door.*
*Speeding, the myriad-handed, his wild work*
*So fanciful, so savage, naught cares he*
*For number or proportion. Mockingly,*
*On coop or kennel he hangs Parian wreaths*;
*A swan-like form invests the hidden thorn*;
*Fills up the farmer's lane from wall to wall,*
*Maugre the farmer's sighs, and at the gate,*
*A tapering turret overtops the work.*
*And when his hours are numbered, and the world*

*Is all his own, retiring, as he were not,*
*Leaves, when the sun appears, astonished Art*
*To mimic in slow structures, stone by stone,*
*Built in an age, the mad wind's night-work,*
*The frolic architecture of the snow.*

# WOODNOTES I

***1.***

*For this present, hard*
*Is the fortune of the bard,*
*Born out of time*;
*All his accomplishment,*
*From Nature's utmost treasure spent,*
*Booteth not him.*
*When the pine tosses its cones*
*To the song of its waterfall tones,*
*He speeds to the woodland walks,*
*To birds and trees he talks*:
*Cæsar of his leafy Rome,*
*There the poet is at home.*
*He goes to the river-side,—*
*Not hook nor line hath he*;
*He stands in the meadows wide,—*
*Nor gun nor scythe to see*;
*With none has he to do,*
*And none seek him,*
*Nor men below,*
*Nor spirits dim.*
*Sure some god his eye enchants*:
*What he knows nobody wants.*

*In the wood he travels glad,*
*Without better fortune had,*
*Melancholy without bad.*
*Planter of celestial plants,*
*What he knows nobody wants*;
*What he knows he hides, not vaunts.*
*Knowledge this man prizes best*
*Seems fantastic to the rest*:
*Pondering shadows, colors, clouds,*
*Grass-buds, and caterpillar-shrouds,*
*Boughs on which the wild bees settle,*
*Tints that spot the violet's petal,*
*Why Nature loves the number five,*
*And why the star-form she repeats*:
*Lover of all things alive,*
*Wonderer at all he meets,*
*Wonderer chiefly at himself,—*
*Who can tell him what he is*?
*Or how meet in human elf*
*Coming and past eternities*?

***2.***

*And such I knew, a forest seer,*
*A minstrel of the natural year,*
*Foreteller of the vernal ides,*
*Wise harbinger of spheres and tides,*
*A lover true, who knew by heart*
*Each joy the mountain dales impart*;
*It seemed that Nature could not raise*
*A plant in any secret place,*
*In quaking bog, on snowy hill,*
*Beneath the grass that shades the rill,*

*Under the snow, between the rocks,*
*In damp fields known to bird and fox,*
*But he would come in the very hour*
*It opened in its virgin bower,*
*As if a sunbeam showed the place,*
*And tell its long-descended race.*
*It seemed as if the breezes brought him*;
*It seemed as if the sparrows taught him*;
*As if by secret sight he knew*
*Where, in far fields, the orchis grew.*
*Many haps fall in the field*
*seldom seen by wishful eyes,*
*But all her shows did nature yield,*
*To please and win this pilgrim wise.*
*He saw the partridge drum in the woods*;
*He heard the woodcock's evening hymn*;
*He found the tawny thrush's broods*;
*And the shy hawk did wait for him*;
*What others did at distance hear,*
*And guessed within the thicket's gloom,*
*Was showed to this philosopher,*
*And at his bidding seemed to come.*

***3.***

*In unploughed Maine, he sought the lumberer's gang,*
*Where from a hundred lakes young rivers sprang*;
*He trod the unplanted forest-floor, whereon*
*The all-seeing sun for ages hath not shone,*
*Where feeds the mouse, and walks the surly bear,*
*And up the tall mast runs the woodpecker.*
*He saw, beneath dim aisles, in odorous beds,*
*The slight Linnæa hang its twin-born heads,*

*And blessed the monument of the man of flowers,*
*Which breathes his sweet fame through the Northern bowers.*
*He heard when in the grove, at intervals,*
*With sudden roar the aged pine tree fails,—*
*One crash the death-hymn of the perfect tree,*
*Declares the close of its green century.*
*Low lies the plant to whose creation went*
*Sweet influence from every element*;
*Whose living towers the years conspired to build,*
*Whose giddy top the morning loved to gild.*
*Through these green tents, by eldest nature drest,*
*He roamed, content alike with man and beast.*
*Where darkness found him, he lay glad at night*;
*There the red morning touched him with its light.*
*Three moons his great heart him a hermit made,*
*So long he roved at will the boundless shade.*
*The timid it concerns to ask their way,*
*And fear what foe in caves and swamps can stray,*
*To make no step until the event is known,*
*And ills to come as evils past bemoan*:
*Not so the wise; no coward watch he keeps,*
*To spy what danger on his pathway creeps*;
*Go where he will, the wise man is at home,*
*His hearth the earth; — his hall the azure dome*;
*Where his clear spirit leads him, there's his road,*
*By God's own light illumined and foreshowed.*

***4.***

*'Twas one of the charmed days,*
*When the genius of God doth flow,*
*The wind may alter twenty ways,*
*A tempest cannot blow*;

*It may blow north, it still is warm*;
*Or south, it still is clear*;
*Or east, it smells like a clover farm*;
*Or west, no thunder fear.*
*The musing peasant lowly great*
*Beside the forest water sate*;
*The rope-like pine roots crosswise grown*
*Composed the network of his throne*;
*The wide lake, edged with sand and grass,*
*Was burnished to a floor of glass,*
*Painted with shadows green and proud*
*Of the tree and of the cloud.*
*He was the heart of all the scene*;
*On him the sun looked more serene*;
*To hill and cloud his face was known,—*
*It seemed the likeness of their own*;
*They knew by secret sympathy*
*The public child of earth and sky.*
*'You ask,' he said, 'what guide*
*Me through trackless thickets led,*
*Through thick-stemmed woodlands rough and wide*?
*I found the waters' bed.*
*The watercourses were my guide*;
*I travelled grateful by their side,*
*Or through their channel dry*;
*They led me through the thicket damp,*
*Through brake and fern, the beavers' camp,*
*Through beds of granite cut my road,*
*And their resistless friendship showed.*
*The falling waters led me,*
*The foodful waters fed me,*
*And brought me to the lowest land,*
*Unerring to the ocean sand.*

*The moss upon the forest bark*
*Was polestar when the night was dark*;
*The purple berries in the wood*
*Supplied me necessary food*;
*For Nature ever faithful is*
*To such as trust her faithfulness.*
*When the forest shall mislead me,*
*When the night and morning lie,*
*When sea and land refuse to feed me,*
*'Twill be time enough to die*;
*Then will yet my mother yield*
*A pillow in her greenest field,*
*Nor the June flowers scorn to cover*
*The clay of their departed lover.'*

# FORBEARANCE

*Hast thou named all the birds without a gun*?
*Loved the wood-rose, and left it on its stalk*?
*At rich men's tables eaten bread and pulse*?
*Unarmed, faced danger with a heart of trust*?
*And loved so well a high behavior,*
*In man or maid, that thou from speech refrained,*
*Nobility more nobly to repay*?
*O, be my friend, and teach me to be thine*!

# THE APOLOGY

*Think me not unkind and rude*
*That I walk alone in grove and glen*;
*I go to the god of the wood*
*To fetch his word to men.*

*Tax not my sloth that I*
*Fold my arms beside the brook*;
*Each cloud that floated in the sky*
*Writes a letter in my book.*

*Chide me not, laborious band,*
*For the idle flowers I brought*;
*Every aster in my hand*
*Goes home loaded with a thought.*

*There was never mystery*
*But 'tis figured in the flowers*;
*Was never secret history*
*But birds tell it in the bowers.*

*One harvest from thy field*
*Homeward brought the oxen strong*;
*A second crop thine acres yield,*
*Which I gather in a song.*

# BLIGHT

*Give me truths*;
*For I am weary of the surfaces,*
*And die of inanition. If I knew*
*Only the herbs and simples of the wood,*
*Rue, cinquefoil, gill, vervain, and agrimony,*
*Blue-vetch, and trillium, hawkweed, sassafras,*
*Milkweeds, and murky brakes, quaint pipes and sundew,*
*And rare and virtuous roots, which in these woods*
*Draw untold juices from the common earth,*
*Untold, unknown, and I could surely spell*
*Their fragrance, and their chemistry apply*
*By sweet affinities to human flesh,*
*Driving the foe and stablishing the friend,—*
*O, that were much, and I could be a part*
*Of the round day, related to the sun*
*And planted world, and full executor*
*Of their imperfect functions.*
*But these young scholars, who invade our hills,*
*Bold as the engineer who fells the wood,*
*And travelling often in the cut he makes,*
*Love not the flower they pluck, and know it not,*
*And all their botany is Latin names.*
*The old men studied magic in the flowers,*
*And human fortunes in astronomy,*

*And an omnipotence in chemistry,*
*Preferring things to names, for these were men,*
*Were unitarians of the united world,*
*And wheresoever their clear eye-beams fell,*
*They caught the footsteps of the SAME. Our eyes*
*Are armed, but we are strangers to the stars,*
*And strangers to the mystic beast and bird,*
*And strangers to the plant and to the mine.*
*The injured elements say, 'Not in us;'*
*And night and day, ocean and continent,*
*Fire, plant, and mineral say, 'Not in us,'*
*And haughtily return us stare for stare.*
*For we invade them impiously for gain*;
*We devastate them unreligiously,*
*And coldly ask their pottage, not their love.*
*Therefore they shove us from them, yield to us*
*Only what to our griping toil is due*;
*But the sweet affluence of love and song,*
*The rich results of the divine consents*
*Of man and earth, of world beloved and lover,*
*The nectar and ambrosia are withheld*;
*And in the midst of spoils and slaves, we thieves*
*And pirates of the universe, shut out*
*Daily to a more thin and outward rind,*
*Turn pale and starve. Therefore, to our sick eyes,*
*The stunted trees look sick, the summer short,*
*Clouds shade the sun, which will not tan our hay,*
*And nothing thrives to reach its natural term*;
*And life, shorn of its venerable length,*
*Even at its greatest space is a defeat,*
*And dies in anger that it was a dupe*;
*And, in its highest noon and wantonness,*
*Is early frugal, like a beggar's child*;

*With most unhandsome calculation taught,*
*Even in the hot pursuit of the best aims*
*And prizes of ambition, checks its hand,*
*Like Alpine cataracts frozen as they leaped,*
*Chilled with a miserly comparison*
*Of the toy's purchase with the length of life.*

# HYMN

*Sung at the Completion of the Concord Monument,*
*April 19, 1836*

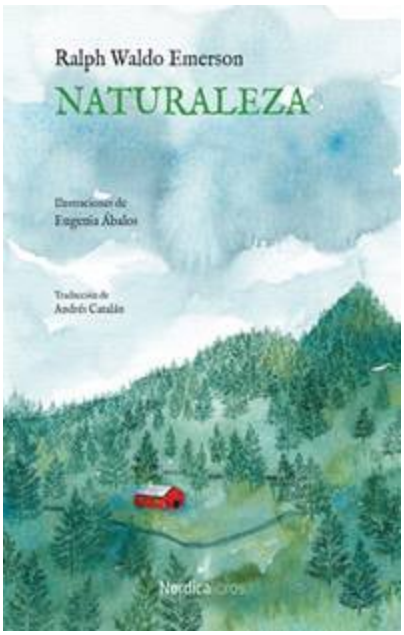
*By the rude bridge that arched the flood,*
*Their flag to April's breeze unfurled,*
*Here once the embattled farmers stood,*
*And fired the shot heard round the world,*

*The foe long since in silence slept*;
*Alike the conqueror silent sleeps*;
*And Time the ruined bridge has swept*
*Down the dark stream which seaward creeps.*

*On this green bank, by this soft stream,*
*We set to-day a votive stone*;
*That memory may their deed redeem,*
*When, like our sires, our sons are gone.*

*Spirit, that made those heroes dare*
*To die, or leave their children free,*
*Bid Time and Nature gently spare*
*The shaft we raise to them and thee.*

# NATURALEZA




La fuerza de la escritura de Emerson es un hecho incontrovertible. De pocos autores modernos puede afirmarse con la misma rotundidad que de Emerson que sus libros «leen» a sus lectores, antes que ser leídos por ellos. Renovar el sentido de sus páginas significa, por tanto, renovar nuestra capacidad de leer, de leer en ellas indicios de que este mundo no tendrá verdaderos fundadores a menos que sea descubierto por nosotros. La renovación de la mirada y el consiguiente trastorno de las convicciones han convertido a Emerson, como decía Dewey, en el paradigmático filósofo de la democracia. El libro está magníficamente ilustrado por Eugenia Ábalos.

**Ralph Waldo Emerson** (Boston, 1803 - Concord, 1882).

Escritor, filósofo y poeta estadounidense. Líder del trascendentalismo a principios del siglo XIX, sus enseñanzas contribuyeron al desarrollo del movimiento del Nuevo Pensamiento, a mediados del mismo siglo. Tras graduarse en Harvard y estudiar allí Teología, se ordenó pastor unitario,

pero renunció al sacerdocio tres años después, influido por la muerte de su mujer. Otros grandes pensadores, como Nathaniel Hawthorne y Henry David Thoreau, fueron sus discípulos, y poetas y filósofos, como Whitman o Nietzsche, reconocieron su pensamiento.

**Eugenia Ábalos** (Mendoza, Argentina, 1977).

Reside en Madrid. Se licenció en Diseño Gráfico y posteriormente realizó estudios de Ilustración en Arte 10 de Madrid. Comenzó en el mundo de la ilustración profesional en 2008 con la obra *Tic-Tac*, con texto de Diego Arboleda, libro que resultó ganador del Premio Internacional de Cuentos Ilustrados de la Diputación de Badajoz. Ha colaborado con otras editoriales de literatura infantil, y también de adultos.

Este eminente ensayo expone los principios de la filosofía de Emerson, que fue de gran influencia en otros escritores, como, por ejemplo, su amigo Henry David Thoreau. El escritor, filósofo y poeta estadounidense nos anima a aceptar y apreciar nuestra relación con la naturaleza. La espiritualidad es un tema central de esta obra, germen del trascendentalismo.

Además, este volumen incluye, en edición bilingüe, doce magníficos poemas del pensador de Boston. Y las ilustraciones de Eugenia Ábalos aportan un complemento de gran belleza.

«Emerson expresa el sentir de mi corazón: al poeta, al filósofo, al santo todas las cosas le son amicales y benditas, todos los acontecimientos provechosos, todos los días sagrados, todas las personas divinas».

Friedrich Nietzsche

Nórdicailustrados
*Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire*

# NOTAS

[1] *Macbeth*, acto III, escena iv. Traducción del Instituto Shakespeare para Cátedra, 2001. (*N. del T.*)

[2] Traducción de *La tempestad* del Instituto Shakespeare para Cátedra (2003). Es en realidad Próspero quien habla, pero Emerson no corrigió el error en ninguna de las ediciones. (*N. del T.*)